

i Sin Piedad Mataron i ...

SIN PIEDAD MATARON

DIRECCION GENERAL DE DERECHOS DEL

AUTOR. MEXICO, D.F.

NUM.DE REG. INDAUTOR

03-2008-070414285100-01

AUTOR:

MARIO VICTORIA

EMAIL. PUMA_25^a@HOTMAIL.COM

ENERO/1988 IMPRESIÓN/JULIO/2008

DISEÑO DE PORTADA:

KARINA GARCIA MORALES

i Sin Piedad Mataron i ...

REPRODUCCION 1000 EJEMPLARES

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO

PRINTED AND MADE IN MEXICO

i Sin Piedad Mataron i ...

MÉXICO, D.F.

Ciudad inmensa, de grandes historias, privilegiada por ser la casa de los poderes políticos que fortalecen su grandeza; una grandeza envenenada de envidias y traiciones, cubierta de peligros y de muerte; lugar por toda la vida elegido como escenario de inseguridad y escándalos que

i Sin Piedad Mataron i ...

sobrepasan todo lo imaginable. Una ciudad que tiene todo y donde se vive como sea y de lo que sea, donde se la pasan inventando cosas y protagonizando las grandes batallas por el poder, pero también donde no se dejan y hasta se hacen justicia por su propia mano.

i Sin Piedad Mataron i ...

Es en esa ciudad tan poblada
donde se presume la riqueza y por
igual se exhibe la pobreza. También
puedes tener mucho y no tener nada;
caminar por sus calles te da la
oportunidad de ver todo lo que tienen
pero también todo lo que necesitan.
Deambular por los lugares de
prestigio, como ellos dicen, te lleva a

i Sin Piedad Mataron i ...

conocer las colonias exclusivas; esas donde viven los ricos, los políticos y los artistas, que son los que acaparan los espacios informativos, y por lo mismo, todo mundo los conoce. Ellos son los que se envuelven en el glamur, los lujos y el dinero; son los clientes de los lujosos hoteles y de los mejores restaurantes, donde toman exquisitos

i Sin Piedad Mataron i ...

vinos y gozan de grandes diversiones, y hasta son los consumidores de las drogas. Esa gente vive bien, pero también sufre.

Igual existe la otra gente, la que no conocemos, la que trabaja muchas horas y vive demasiado lejos; esos que tienen que viajar en el micro o en el metro. Estos son otros, los que ganan

i Sin Piedad Mataron i ...

poco y para poco les alcanza. Esta gente es la que rodea el puesto de tacos insalubres para comerlos bien cargados de grasa, suficiente carne, escurriendo de salsa bien picante, acompañados de refrescos bien fríos, colocados en bandejas atascadas de hielo, sin que les moleste el perro callejero que los acosa con su mirada de hambre; son la gente

i Sin Piedad Mataron i ...

de abajo, los del salario mínimo; pero es la gente que da vida a las costumbres de la capital y realza el éxito de cantantes y de grupos musicales, convirtiéndolos en los más populares. Esos grupos que no se olvidan y dejan para siempre el ritmo de la música como la de Rigo Tovar y su Costa Azul, o el Acapulco Tropical

i Sin Piedad Mataron i ...

de los años setentas y parte de los ochentas, cuando se inventó esa música cumbiera de ritmos alegres y pegajosos; y por supuesto, no hay que olvidar la popularidad de la Sonora Santanera con muchos años de éxito.

En la gran ciudad también hay gente que no trabaja, pero busca cosas fáciles. De entre todos estos salen los

i Sin Piedad Mataron i ...

malos, los delincuentes; unos porque quieren más, otros porque quieren tener y otros porque quieren vivir. Y ante la delincuencia, la gente buena resulta ser la víctima. Desgraciadamente tienen que vivir así y tienen que aceptar su realidad; una realidad que para nadie es desconocida

i Sin Piedad Mataron i ...

y que afecta por igual incluso a los que no viven en la gran ciudad.

Es en esa gran urbe donde los habitantes por siempre han sido víctimas del fantasma gigantesco de la delincuencia y cada uno sobrevive en medio de un vendaval de delitos que espanta a cualquiera. Es ahí, en la urbe, donde constantemente son testigos de

i Sin Piedad Mataron i ...

toda clase de acciones delictivas que los hace sentir la impotencia de no poder hacer nada, ¡absolutamente nada! Sólo observan lo que pasa. Ya están acostumbrados. Son cómplices, aunque no quieran. Tienen miedo de ser las siguientes víctimas; motivo suficiente para quedarse callados,

i Sin Piedad Mataron i ...

vulnerados en esa debilidad y sin la protección de la justicia.

Es rutinario ver y oír que las noticias de nota roja acaparan las pantallas televisivas y las planas principales de los periódicos, evidenciando el jaque en que mantienen los delincuentes a una policía con mínimas posibilidades de

i Sin Piedad Mataron i ...

vencer al monstruo de la delincuencia creada por todos; en muchos de los casos, ellos forman parte del mal.

La inseguridad no se vive sólo en la capital, sino en todo el mundo, esto nos lleva a aceptar que es una debilidad del hombre. Hemos visto que al correr de los años los malos van

i Sin Piedad Mataron i ...

ganando la guerra y sólo en pocas ocasiones pierden alguna batalla; pierden las menos importantes, las que les permiten salir a la calle para seguir chingando a la gente, protegidos en las endebles leyes y en los procedimientos para aplicarlas. En muchos de los casos estas leyes son ajustadas al dinero fácil que tiene el poder de corromper.

i Sin Piedad Mataron i ...

Pensar que se acabará con los delincuentes es imposible; todo mundo lo sabe. En ningún lugar del mundo será posible; en mayor o menor grado estarán presentes, pues son parte de la sociedad y existirán siempre; son como las enfermedades: se pueden combatir, pero regresan con más fuerza; pensar lo contrario es querer vivir en otro

i Sin Piedad Mataron i ...

mundo totalmente diferente al nuestro, y ese otro mundo no existe. Los delincuentes son muchos y con el paso de los años serán más. No es ficción, es una realidad maldita que con discursos de mentira tratan de ocultar los responsables de dar seguridad, y sólo los que han sido víctimas de un delito lo ven diferente; saben que la

i Sin Piedad Mataron i ...

justicia difícilmente llegará. En muy pocas ocasiones llega.

Las familias que sufren un delito no se recuperan nunca, mucho menos cuando algún miembro pierde la vida en manos de un estúpido que ese día decidió atacar, dejando la huella de la desgracia violenta. Es verdaderamente triste y frustrante que alguien muera

i Sin Piedad Mataron i ...

violentamente; siempre, en todos los casos será impactante. La muerte violenta es la más fea, lastima profundamente y deja dolor para toda la vida. La muerte es el fin; simplemente dejas de existir, pierdes el cuerpo y dejas tu alma flotando por ahí.

i Sin Piedad Mataron i ...

En la gran ciudad es muy frecuente que se encuentre la muerte ¡la muerte violenta!, y muy pocos tienen la fortuna de decir lo contrario. Enrique fue uno de ellos; vivió la muerte.

Allá por los años setentas, un día llegó de su pueblo, un pequeño lugar del sur del país; llegó con la ilusión de trabajar bien duro para mandar dinero

i Sin Piedad Mataron i ...

a sus padres, a su gente del campo. Un día, con sus dieciocho años, entró a la casa de sus paisanos; ellos vivían en una colonia jodida, de esas donde se traga el polvo cuando los calores aprietan y donde se enlodan los zapatos cuando llueve hasta inundar sus calles; lugar donde están los marginados de la capital.

i Sin Piedad Mataron i ...

No pasaron muchos días y Enrique consiguió su primer trabajo de lavaplatos en un restaurante del centro de la ciudad; así empezó a ganar su primer dinero y así, al paso de los meses, se fue olvidando de su pueblo. Al cabo de un año ya se desempeñaba como mesero. La nueva vida y el ambiente lo fueron envolviendo y un

i Sin Piedad Mataron i ...

día al salir del trabajo, caminó por una de esas calles iluminadas, bien satisfecho de un día más; sus pasos le llevaron hasta quedar frente al anuncio espectacular del bar.

TRES SHOWS
NOCTURNOS Y LAS MUJERES
MÁS BONITAS.

i Sin Piedad Mataron i ...

SU CENTRO DE
DIVERSION FAVORITO, “EL
PATO LOCO”

LOS ESPERA, PASEN Y NO
LO PIENSEN.

Así se leía. Enrique caminó hasta la puerta de entrada, luego adentro, se sentó en una mesa colocada en una esquina, muy cerca de la pasarela

i Sin Piedad Mataron i ...

donde las mujeres bailaban y enseñaban sus encantos; al instante una bella mujer con mirada seductora, vestida con ropa que obligaba a mirarla sin parpadear, se acercó a él.

—Hola, le saludó coqueteándole.

— ¿Te puedo acompañar?, dijo decidida.

i Sin Piedad Mataron i ...

Enrique, en su ignorancia, la miraba fijamente, sin alcanzar a contestar. La mujer le tomó la mano y con seducción le besó la mejilla, al tiempo que se sentaba en sus piernas y lo abrazaba por el cuello. Los ojos de Enrique quedaron a la altura de sus senos casi descubiertos, embriagándose del fino y agradable perfume que al

i Sin Piedad Mataron i ...

momento le hizo sentir un bonito calor que invadió su cuerpo, dejándose llevar por una sensación indescriptible. Esa mujer lo había trasladado a un mundo que no conocía; estaba distraído, y fue el momento en que la dama llamó al mesero, éste se acercó con marcada complicidad y por un buen rato los atendió con esmero.

i Sin Piedad Mataron i ...

Después de tres o cuatro copas, Karla, nombre que le dijo tener, lo invitó a salir, proponiéndole un lugar donde estuvieran solos.

—Vámonos, dijo Enrique por primera vez.

Sin esperar más, el novato pagó la cuenta mientras la dama recogía su bolso. Enseguida se encaminaron a la

i Sin Piedad Mataron i ...

puerta de salida agarrados de la mano, enfilando hacia la calle lateral del antro, luego dieron vuelta a la derecha caminando rumbo a un hotel de mala muerte que se veía a unos cien metros de distancia. Enrique la abrazaba y la besaba con verdadero deseo, imaginando el cuerpo desnudo de Karla, que le incitaba el apetito sexual

i Sin Piedad Mataron i ...

irremediable de su primera vez. Por un momento la mujer detuvo el paso y le requirió el pago por adelantado. El novato sacó el rollo de dinero y lo puso en su mano. Luego siguieron caminando hasta pasar por un portón entremetido a la entrada de un edificio donde se encontraba un desconocido

i Sin Piedad Mataron i ...

que inesperadamente se les abalanzó empuñando una pistola.

— ¡Desgraciada!, dijo, empujando a la mujer.

— ¿Quién es este pendejo?, cuestionó agresivamente.

Sin darle oportunidad de ninguna respuesta, la jaló del brazo

i Sin Piedad Mataron i ...

estrellándola contra la pared, quedando frente a Enrique, que desconcertado observaba al delincuente; mientras la mujer salía corriendo en sentido contrario a la ubicación del hotel. Sólo ellos dos quedaron frente a frente.

— ¿Tú eres el que anda con mi mujer?

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡No!... ¡no!... alcanzó a decir, titubeante.

No podía pensar en correr. El hombre lo tenía contra la pared, agarrándolo del cuello de su camisa, sin dejar de amenazarlo con la pistola colocada entre ceja y ceja.

— ¡Dame el dinero, cabrón!

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Por favor!, le suplicó con voz entrecortada, al tiempo que le entregaba su dinero. En cosa de segundos se había imaginado muerto, llegando a su mente los recuerdos de su pueblo y su familia; las caras de sus padres y de sus siete hermanos le pasaron como una película,

i Sin Piedad Mataron i ...

principalmente el rostro de Toñito, su hermano menor.

El cañón de la pistola parecía cubrirle por completo el rostro, y sólo esperaba que de su interior saliera una bola de plomo, seguida por una raya de lumbré que le destrozaría la cara; su cuerpo saldría impactado hacia atrás para quedar tirado en la banqueta

i Sin Piedad Mataron i ...

totalmente irreconocible; nunca más volvería a su pueblo, ni muerto.

Todo había pasado por su imaginación como si hubiera soñado su desgracia. De pronto volvió de ese sueño. El delincuente le ordenó que se fuera, que corriera y lo soltó. Enrique se sintió muerto.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Lárgate, estúpido! Le gritó casi en el rostro.

Enrique, al sentirse libre, salió corriendo sin voltear, envuelto en el miedo de la muerte. Ya creía estar lejos, pero aún así sentía el cañón de la pistola que en cualquier momento escupiría las balas y el fuego para impactar su cuerpo y matarlo;

i Sin Piedad Mataron i ...

sudoroso y temblando alcanzó una cuadra donde había unos puestos de tacos con gente arremolinada; entonces reaccionó. Su corazón acelerado golpeaba fuertemente su pecho, pero nadie lo seguía.

— ¡Bendito Dios!, susurró en voz baja. Luego se persignó y se sintió vivo al tocar su cuerpo de pies a cabeza; se

i Sin Piedad Mataron i ...

sentó un momento en la banqueta; ahí permaneció por un buen rato. Más tarde llegó al cuarto que rentaba en la azotea de un edificio viejo. Enrique casi estuvo muerto; fue afortunado al sólo sentir la muerte, para otros es diferente.

Las diferencias por el control de las calles y el dinero, han llevado a la

i Sin Piedad Mataron i ...
violencia y a las venganzas; así sucedió
en otra zona de la gran ciudad.

Humberto llegó al departamento
donde vivían sus amigos, precisamente
en uno de los edificios del Centro
Histórico. Ahí estaba doña Rosa.

—Buenos días.

— ¿Qué milagro, muchacho?
¿Dónde te haz metido?

i Sin Piedad Mataron i ...

—Ya ve. Trabajando duro. No hay de otra.

— ¿Y sus hijos?, le preguntó.

—Pásale. Están por ahí adentro.

Era un sábado de buen clima, y en la sala estaban Rosita y su prima Bertha. Tan pronto les saludó, les invitó a un baile, y quedó en pasar por ellas a las ocho de la noche.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Nos vemos, dijo al retirarse.

A la hora acordada, Humberto llegó a la cita; más de quince muchachos, entre primos y amigos, ya lo esperaban impacientes.

—Venimos temprano, gritaron al salir.

Era una fiesta de barriada, de esas que se organizaban para el lucro y

i Sin Piedad Mataron i ...

asistencia de trabajadores que laboran semana inglesa y buscan la diversión para convivir con amigos y parejas. El baile se desarrollaba sin problemas y todos se divertían al ritmo de las cumbias que interpretaba el grupo musical; pasaban las horas y las copas eran consumidas sin medida, lo que marcaba una diferencia en la conducta

i Sin Piedad Mataron i ...

de los asistentes; algunos daban gritos y empujones, ya no respetaban a los bailarines.

Bertha no se percataba del desorden y bailaba alegremente; cuando de pronto sintió la mano de un desconocido que le apretó por atrás, empujándola contra su pareja. Humberto, sin pensarlo, arremetió a

i Sin Piedad Mataron i ...

golpes contra el abusivo sujeto, que al ser sorprendido se fue impulsado contra la mesa de otras personas. En cosa de segundos se armó la batalla campal y no se sabía quién agredía a quién. Las botellas volaban por el salón y la lucha llegó hasta el foro donde estaban los músicos, que al sentirse agredidos y ver que sus

i Sin Piedad Mataron i ...

instrumentos eran destruidos empezaron a tirar golpes en contra de los agresores. Los amigos de Humberto, entre el desorden de la refriega, trataban de juntarse para intentar salir del lugar, pero era imposible, todos se habían separado y no lograban unir al grupo. Daban y recibían, y la sangre de algunos escurría

i Sin Piedad Mataron i ...

por sus cabezas. Se podía observar que de entre los rijosos sobresalía un sujeto con casi dos metros de estatura, de gran musculatura, el cual golpeaba a Ricardo. Y fue Esteban, quien, al percatarse de esta acción, agarró entre sus manos una botella que se encontraba en una mesa y corrió subiéndose a la orilla del estrado para

i Sin Piedad Mataron i ...

llegar y con toda su fuerza golpear al orangután, explotando la botella en pedazos, bañándolo de licor y de sangre, con tremenda partida en el cráneo; el sujeto cayó al piso, luego de tirar una hilera de mesas y sillas, quedando muerto con la boca al piso. Como pudieron, salieron corriendo del

¡Sin Piedad Mataron i ...

salón, y ya afuera, buscaron a uno de los amigos que faltaba.

— ¡Luis no aparece!

— ¡Allá lo tienen!, gritó Rosita.

A treinta metros de ellos, un grupo como de diez sujetos lo golpeaban y lo pateaban, sin que pudiera defenderse. Ya estaba inconsciente, tirado en el piso. Todos

i Sin Piedad Mataron i ...

corrieron a su auxilio, al tiempo que los agresores salieron corriendo en diferentes direcciones. Ya no pudieron hacer nada. Luis estaba muerto, con el rostro desfigurado y sangrando por la nariz y la boca, su mirada la tenía fija hacia el cielo, como implorando ayuda. Esa ayuda que nunca llegó. La escena había impactado a las muchachas, que,

i Sin Piedad Mataron i ...

en medio de gritos desesperados, abrazaban el cuerpo sin vida de su amigo.

Ricardo, que no se había quedado quieto, ya iba corriendo tras uno de los agresores. Esteban y Humberto, con otro grupo de amigos, corrieron tras él para perseguir al solitario enemigo, que les llevaba una

i Sin Piedad Mataron i ...

buena distancia. Como verdaderos perros rabiosos fueron tras el desgraciado que había colaborado para que Luis estuviera muerto. Al cabo de cinco cuabras Ricardo le dio alcance, golpeándolo con toda su fuerza en la cabeza, impactándolo contra la pared para luego caer en la banquetta, donde recibió patadas en el rostro. El

i Sin Piedad Mataron i ...

infortunado, que sangraba abundantemente, ya había perdido el conocimiento, cuando los otros llegaron y también lo patearon, haciéndolo rodar hacia la cuneta, quedando boca arriba y haciendo palanca con uno de sus brazos entre la banqueta y el pavimento. Ricardo, sin pensarlo, saltó sobre el brazo para

i Sin Piedad Mataron i ...

romperlo en dos, pero el dolor no lo hizo reaccionar; el infeliz ya estaba muerto. Ellos tomaron venganza, haciendo justicia por su propia mano.

Dos meses después, Ricardo caminaba con su novia cerca del edificio donde vivían, cuando cuatro desconocidos le dieron el encuentro.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Corre!, le grito a Rebeca, quien salió corriendo para regresar diez minutos después en compañía de sus amigos. En la esquina de la calle estaba Ricardo; en medio de un charco de sangre estaba su cuerpo cubierto de heridas producidas con cuchillos. ¡Estaba muerto sin remedio! Desde dos meses atrás estaba sentenciado a morir.

i Sin Piedad Mataron i ...

Así la viven en la gran ciudad; pero para muchos, y sobre todo para la policía, no pasa nada. Si se sabe de ello es porque son casos aislados que sirven para la noticia, pero que no tienen tanta importancia por tratarse de la gente de abajo. Todo lo contrario sucede cuando se trata de gente conocida, donde se involucran los altos

i Sin Piedad Mataron i ...

niveles de la sociedad. Cuando los agraviados son políticos, artistas, empresarios poderosos, o gente de mucho dinero, hay gran escándalo.

Un caso muy especial fue el de don Ricardo del Monte, quien un día salió de su oficina en un edificio exclusivo de la gran ciudad. Como de costumbre se había quedado más tarde, y el reloj

i Sin Piedad Mataron i ...

marcaba las nueve de la noche. Al retirarse, después de bajar del quinto piso, llegó a la puerta y caminó hacia el estacionamiento saludando al vigilante que iniciaba su recorrido de rutina.

—Buenas noches don Ricardo, le saludó.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Hasta mañana Rubén, contestó el empresario.

Con paso lento avanzó hacia su vehículo compacto de cuatro puertas, sin imaginar que unos desconocidos observaban sus movimientos. En cosa de segundos estuvo frente a la puerta del carro, cuando sorpresivamente los

i Sin Piedad Mataron i ...

tres sujetos armados se le acercaron, golpeándolo en el rostro. Una herida a la altura de la ceja izquierda le llenó de sangre la cara, manchando su impecable camisa, donde lucía una elegante corbata roja, que hacía juego con su saco gris.

Aturdido cayó de rodillas, luego del golpe en el abdomen que le hizo

i Sin Piedad Mataron i ...

perder el aire y toda oportunidad de pedir auxilio o de defenderse. Rápidamente lo subieron al carro, para de inmediato teparle la boca y nariz con un trapo mojado con algún líquido que le hizo perder el conocimiento. Ya en el interior lo ataron de pies y manos. Así se

i Sin Piedad Mataron i ...

perdieron entre las calles. A don Ricardo lo habían secuestrado.

No supo cuanto tiempo pasó, pero ya había recuperado el conocimiento. Tenía un terrible dolor de cabeza y la herida le lastimaba. Sin zapatos, tapado de los ojos y bien inmovilizado, se encontraba tirado sobre una colchoneta a ras de piso.

i Sin Piedad Mataron i ...

Ningún ruido escuchaba, y ya consciente permaneció largo rato en la oscuridad. De pronto escuchó unos pasos que se dirigían hacia donde se encontraba; tal vez eran dos o tres personas, los que llegaban frente a él.

— ¿Ya recobró el conocimiento?

Alguien preguntó.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Sí. Escuchó otra voz. Luego sintió cómo con fuerza desmedida lo tomaron de los pelos, zarandeándole la cabeza. Con palabras amenazantes, el desconocido, que posiblemente era el jefe de los secuestradores, le hizo comprender que su vida se podía acabar.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Escúchame muy bien cabrón, le dijo cerca de la cara y sin soltarlo de los pelos; don Ricardo, impregnado de miedo y tembloroso, escuchó, emitiendo un gemido.

—Queremos un número telefónico y el nombre de la persona con quien vamos a hablar. Con voz entrecortada, don Ricardo obedeció,

i Sin Piedad Mataron i ...

mientras que uno de los secuestradores tomaba nota en una libreta. Sin soltarlo de los pelos, le volvió a amenazar: Mira, cabrón espero que el número y la persona sean correctos. No tenemos mucho tiempo. Si pagante soltamos, si no te vamos a matar. Los negocios son así. Le dijo antes de soltarlo.

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

— ¡Señor! Se atrevió a hablar; una cachetada evitó que pudiera decir más. Otro sujeto le volvió a amordazar. Más tarde un silencio total era la compañía del infortunado empresario, y sólo el recuerdo de su esposa aparecía en su mente; a ella había elegido para negociar su rescate.

i Sin Piedad Mataron i ...

Pasaban las horas y el miedo de morir se había apoderado de él; sentía impotencia y desesperación; estaba sufriendo y muriendo poco a poco. Su cuerpo no tenía fuerzas, no podía luchar y las lágrimas no podían salir; se quedaban quietas, obstruidas por las vendas que le cubrían su rostro; entendía claramente que las lágrimas

i Sin Piedad Mataron i ...

que a veces consuelan, ahora le lastimaban sus ojos.

Habían transcurrido dos días desde su desaparición y la noticia en los medios era él. La televisión y la radio daban la nota constantemente; la misma noticia publicaba los periódicos a primera plana.

i Sin Piedad Mataron i ...

La policía, desconcertada no sabía nada, y su presencia tanto en las oficinas como en la casa del empresario generaba mucha tensión y el miedo entre los familiares era elocuente; no podían aportar ninguna información y se mantenían expectantes ante la posibilidad de una llamada telefónica. Eran las nueve de la

¡Sin Piedad Mataron! ...

noche del tercer día desde la desaparición del empresario cuando el timbre del teléfono sonó. ¡Ring..., ring...! Rápidamente la señora Mercedes levantó la bocina.

— ¡Bueno!..., ¡bueno! Exclamó angustiada. ¿Quién llama?, preguntó.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¿La señora Mercedes?

Preguntó el desconocido.

— ¡Sí!, diga, respondió apurada.

El delincuente habló sin titubeos.

—Si quiere volver a ver a su pinche marido límitese a escuchar y a obedecer.

—Primero, dígame a los putos policías que dejen de grabar las

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

llamadas y que de inmediato se saquen a la ¡chingada!, en caso contrario lo único que van a conseguir con su intromisión es que matemos al viejo.

—Los estamos vigilando; le volvió a amenazar. El desconocido había logrado que la mujer sintiera el miedo. Mercedes escuchaba muy

i Sin Piedad Mataron i ...

atenta, cuando de pronto la comunicación se cortó.

— ¡Bueno!, ¡bueno! ¡Por favor!, insistió angustiada. Tras esto, la mujer se dejó caer de rodillas, justo frente a la mesa donde estaba el teléfono y lloró desesperada ante la mirada de los presentes. Pasaron unos segundos,

i Sin Piedad Mataron i ...

cuando el jefe de los policías la tomó de los hombros y le habló.

— ¿Señora?, fue bueno tener comunicación con esos sujetos; eso ayuda grandemente. Sin dejar de llorar, la señora levantó su mirada.

—Ellos pidieron que no intervengan. Me dejó claro que de lo contrario lo van a matar; dijeron que

i Sin Piedad Mataron i ...

equipos y empezaron a salir de la casa; sólo el jefe de los policías insistió.

—Señora, podemos seguir, no creo que nos estén vigilando.

— ¡No!, contesto levantando la voz, váyanse todos, exigió.

El secuestrador había sido bien claro y la señora había entendido las

i Sin Piedad Mataron i ...

intenciones del delincuente. Antes de salir, el jefe de policía dejó una tarjeta sobre la mesa.

—Ahí están los números de teléfonos por si deciden lo contrario, le dijo al retirarse; varios familiares acompañaban a la señora.

i Sin Piedad Mataron i ...

En algún lugar de la gran ciudad, don Ricardo del Monte permanecía inmóvil; la comida no la pasaba; el miedo y la angustia eran más fuertes que su hambre. Muy debilitado, tirado en la colchoneta, sin ayuda de nadie, con mucho esfuerzo se volteaba de un lado a otro tratando de encontrar comodidad, pero era imposible; su

i Sin Piedad Mataron i ...

cuerpo le dolía y la cinta que le inmovilizaba las manos y los pies le lastimaba y hasta le había provocado unas pequeñas heridas. Pasaba el tiempo y las noticias, que en un principio acaparaban los espacios informativos, ya no lo hacían; era notoria la intención de no presionar a los secuestradores. La policía seguía sin

¡Sin Piedad Mataron! ...

intervenir y los familiares se encontraban angustiados y temerosos de que ya hubieran asesinado a don Ricardo. A las diez de la noche del quinto día el teléfono sonó.

— ¡Ring...! De inmediato, la señora Mercedes levantó la bocina.

— ¡Bueno!, ¡bueno!

¡Sin Piedad Mataron! ...

—Escucha bien, le dijo el desconocido, queremos diez millones de pesos en efectivo, para mañana, a esta misma hora.

— ¡Pero...! Sólo eso alcanzó a decir, la llamada se cortó.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Señor!, ¡por favor!, insistió desesperada. La respuesta fue el silencio.

En la casa donde se encontraba el empresario desde la primera noche, los delincuentes se turnaban para vigilarlo, darle de comer y llevarlo al baño. Dos habitaciones húmedas, una cocina con

i Sin Piedad Mataron i ...

una mesa de madera y un baño sucio era el espacio que compartían. Así transcurrían los días y don Ricardo seguía inmovilizado, tirado en la oscuridad, temeroso y pensando en el momento en que esos desgraciados lo matarían; por ratos se quedaba dormido, olvidando en sus sueños el sufrimiento. Para ese entonces los

i Sin Piedad Mataron i ...

secuestradores tampoco estaban tranquilos, y dormir les resultaba un tanto difícil. El negocio del dinero se cerraba en un círculo para empezar a convertirse en un problema; tenían temor de no lograr su objetivo y que la policía anduviera muy cerca, aunque esta posibilidad estaba lejos. La realidad era otra; todo lo habían

i Sin Piedad Mataron i ...

manejado muy bien, y la señora Mercedes seguía las instrucciones al pie de la letra.

Otra noche había llegado y los secuestradores se dispusieron a descansar en espera del siguiente día para hacer la última llamada. Don Ricardo, muy deshidratado, con el rostro demacrado emitía gemidos de

i Sin Piedad Mataron i ...

agonía, y por momentos se quedaba totalmente quieto, como si ya no tuviera vida. A las ocho de la noche del sexto día, el jefe de los secuestradores llegó con una bolsa de pan y una jarra de café, los acompañó unos minutos y se dispuso a salir.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Bueno, dijo, atrayendo la atención de sus socios, salgo para hacer la última llamada, ustedes ya saben qué hacer. Ya en la calle al ir caminando, pensó en escribir lo que iba a decir... pero no, se contestó; decidió que tenía que actuar con decisión y coraje; sobre todo al hablar con la vieja. Tenía que ser más agresivo, firme y resuelto.

i Sin Piedad Mataron i ...

Pensó que tenía que infundirle la certeza de que si no accedía, jamás volvería a ver a su marido con vida; era preciso dejar impreso el miedo necesario. Ya estaba dentro de la caseta telefónica y su reloj marcaba las diez con veintidós de la noche. Agarró la bocina y marco. ¡Ring...!

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Bueno! Escuchó la voz de la mujer.

— ¿Tiene el dinero?, cuestionó enérgico.

— ¡Si señor!, le contestó la mujer.

Una sonrisa se reflejó en el rostro del delincuente, luego colgó y presuroso se retiró del lugar. A las once con quince,

¡Sin Piedad Mataron! ...

desde otra caseta, volvió a marcar.

¡Ring...!

— ¡Bueno! Escuchó. Era la misma mujer, que con suma atención seguía las instrucciones. Sin dar ninguna explicación a sus familiares, la señora agarró la maleta con el dinero y se

i Sin Piedad Mataron i ...

dirigió a la cochera para abordar su vehículo.

—Por favor, no me sigan, les ordenó decidida. Pero no te puedes arriesgar así, le dijo uno de sus familiares.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Tenemos que confiar en ese hombre. Vamos a llamar a la policía, sugirió alguien.

— ¡No!, ¡he dicho que no!

Mercedes arrancó la camioneta y se dirigió hacia la calle. Luego, a velocidad moderada, avanzó las

94

i Sin Piedad Mataron i ...

primeras cuadras hasta llegar a una importante avenida; tenía que circular sin detenerse hasta que en algún lugar de la ruta alguien le hiciera la parada. Cincuenta minutos después de haber salido de su casa un desconocido le hizo la parada y rápido subió en el asiento trasero.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿Y el dinero? En la maleta, respondió temerosa, sin siquiera ver por el espejo retrovisor.

— ¿Dónde está mi esposo?, se atrevió a preguntar.

—Aquí pare, fue la respuesta. El delincuente le quitó las llaves de la camioneta y se bajó, echando a correr por una calle oscura. Mercedes pensó

i Sin Piedad Mataron i ...

en gritar o en salir corriendo tras el maldito, pero algo le dijo que no; se quedó quieta y llorando, sin hacer ruido. Tres horas después, unos trasnochadores solicitaron una ambulancia; tirado en la calle de alguna colonia de la capital, encontraron a don Ricardo del Monte casi muerto.

i Sin Piedad Mataron i ...

biD.F.

Otoño de 1987

Precisamente el tercer domingo del mes, en alguna colonia de la capital, el tráfico comparado con los días hábiles, resultaba en cierto modo tranquilo y el cielo inmenso se cubría de un color gris oscuro, producto del smog

i Sin Piedad Mataron i ...

contaminante que distingue a la gran ciudad. Ese día, el conductor de un taxi que por ahí circulaba, escuchaba atento la radio del vehículo; al tiempo que el centro de control ambiental transmitía un boletín por el cual advertían sobre algunos riesgos; nada de ejercicios al aire libre, primordialmente recomendaban el

i Sin Piedad Mataron i ...

cuidado de los niños. Los motores de los autos que circulaban perturbaban la tranquilidad de esa mañana fría, que anunciaba la llegada del invierno. Sólo el señor del puesto de periódicos cumplía cabalmente su diaria tarea, ataviado con su chamarra color café, bufanda roja y una gorra negra con orejas que hacía recordar los tiempos

i Sin Piedad Mataron i ...

de infancia, cuando los niños eran obligados a usar esas gorras y tenían que soportar la burla de sus amigos. Había soledad en ese entorno donde el frío calaba hasta los huesos.

Los edificios de esa zona comercial eran muy parecidos, con una estructura sencilla y sólida, que seguía una línea arquitectónica de los tiempos

i Sin Piedad Mataron i ...

pasados en que fueron construidos; además se distinguían por encontrarse pintados de un color gris sucio, que con el polvo se podían ver más viejos de lo que realmente eran. Casi todos en sus entradas eran establecimientos comerciales, y en su interior tenían distribuidos varios departamentos que eran habitados por diversas familias

i Sin Piedad Mataron i ...

que luchaban cada quien por su lado y casi ni se conocían. El saludo no era ninguna prioridad en la convivencia y difícilmente eran amigos; no tenían por qué serlo.

Eran cinco para las siete y el sonido más fuerte provenía del campanario de la iglesia que repicaba el último llamado a los devotos que los

i Sin Piedad Mataron i ...

domingos acuden a misa. El padre Juan aún permanecía en el confesionario, considerando que eran muy pocos los que se habían acercado para confesarse y desahogar sus pecados, pero tenía que estar ahí. Ya con muchos años en la iglesia de esa colonia, el padre Juan conocía perfectamente las calles, bodegas y

i Sin Piedad Mataron i ...

tiendas, así como los edificios, pero no conocía a toda la gente. A veces durante el sermón comentaba su preocupación por el poco interés de la gente para acercarse a Dios, ese Dios que existe para todos.

—No entiendo, tantas cosas malas que suceden y no vienen a la casa del señor, siempre decía. Al final

i Sin Piedad Mataron i ...

de la misa, daba las gracias a todos los que sí acudían y pedía que cerraran con una oración para los ausentes.

En los departamentos de los edificios viejos, muy pocos se preocupaban por acudir al templo; el maldito frío calaba fuertemente como retando a cualquier valiente, y los que se atrevían temblaban y procuraban

i Sin Piedad Mataron i ...

escapar en busca de un lugar para cubrirse. Dos cuadras atrás de la iglesia, daba inicio la calle Rojano, distinguida por su pavimentación deteriorada; en la orilla de sus banquetas el orgullo era la basura. Los dos autos abandonados, que durante el día entorpecían el tráfico, eran un adorno más. Había como veinte

i Sin Piedad Mataron i ...

manzanas, las que abarcaban el barrio comercial. Los toldos protectores sobre los escaparates estaban recogidos y las cortinas de los establecimientos, que en días normales atraían la clientela, estaban cerradas, guardando en su interior el colorido fluorescente de las cartulinas donde anunciaban los precios y las ofertas de cada día. Todo

i Sin Piedad Mataron i ...

estaba quieto y la complicidad del sol, que seguro no saldría, era el otro motivo para que la gente no hiciera su aparición.

En la misma calle, a unos veinte metros de los autos viejos se podía ubicar un edificio con fachada colonial, identificado claramente con el número veintisiete marcado en una

i Sin Piedad Mataron i ...

lámina oxidada, clavada al lado del portón de madera. Las paredes del inmueble, con grandes cuarteaduras eran el reflejo de los daños ocasionados por el tiempo y los sismos; principalmente por el ocurrido en el año de 1985. Era un edificio que parecía estar abandonado, pero no era así; en su estructura de tres pisos vivían

i Sin Piedad Mataron i ...

varias familias que en apariencia hacían caso omiso del inminente peligro que representaba habitarlo. Inevitable era sentir cierto temor cuando se estaba a punto de penetrar; al cruzar el portón de inmediato se percibía un mal olor que emanaba de una alcantarilla sucia, localizada en el centro del patio; por ahí entraban y salían las ratas que

i Sin Piedad Mataron i ...

corrían al paso de la gente. Hacia el fondo del pasillo lateral estaba la escalera de barandales de hierro ya oxidados que servían de pasamanos; este era el único acceso para subir a los departamentos. En el tercer piso distraía la mirada el departamento veinticuatro, con su ventanal cubierto

i Sin Piedad Mataron i ...

de polvo, y pegado en el cristal un cartel con la figura de una calavera.

Los habitantes, y principalmente los del tercer piso, sabían que al departamento veinticuatro llegaban varios desconocidos que permanecían ahí por varios días y que evitaban en lo más posible entablar alguna conversación con los demás inquilinos.

i Sin Piedad Mataron i ...

Era muy común que alguno de ellos saliera del edificio para regresar con bolsas de comida y bebida. Esos sujetos misteriosos trataban de pasar desapercibidos, pero era imposible, pues se notaba que debajo de sus ropas llevaban pistolas. Absolutamente nadie se atrevía a hacer algún comentario y

i Sin Piedad Mataron i ...

mucho menos se acercaban. En cierto modo les tenían miedo.

Ese día, en el interior del misterioso departamento todo estaba en desorden; periódicos, botes de cerveza, platos con residuos de comida y una caja de cartón con ropa sucia tapizaban el piso. Con ese desorden, contrastaba en la pared, junto a la

i Sin Piedad Mataron i ...

puerta de entrada, un cuadro de madera que lucía la foto de una hermosa mujer desnuda, recostada sobre la arena blanca y al fondo el mar azul, que con sus golpes de olas mojaban aquel cuerpo esbelto; podía pensarse que ese cuadro era lo más valioso.

i Sin Piedad Mataron i ...

Roberto, un hombre de hostil semblante que apenas rebasaba los treinta y cinco años, sin importarle el frío que se dejaba sentir, vestido con un pantalón de mezclilla y una camiseta de tela de algodón en color blanco, recostado en una vieja cama, llevó a sus labios un cigarrillo y empezó a fumar. Con la mirada fija

i Sin Piedad Mataron i ...

hacia la foto de la mujer desnuda, inhalaba y exhalaba el humo, llevando sus pensamientos a los recuerdos de su perra vida.

A los cuatro años apareció abandonado en una calle de la gran ciudad. Así creció, en medio de otros muchachos con igual suerte. No recordaba mucho, pero ahí estaba. De

i Sin Piedad Mataron i ...

sus padres no sabía nada, pero este hecho no le preocupaba en lo absoluto, pues nunca había pensado en ello, y seguro que si alguien se lo preguntaba, se quedaría atónito, considerando muy estúpida la pregunta.

Roberto era un maldito delincuente, y sólo eso sabía hacer; para los hombres como él, robar y

i Sin Piedad Mataron i ...

matar constituía la seguridad que amortiguaba los golpes de la vida. Siempre necesitaba dinero y siempre tenía la posibilidad de conseguirlo. Formaba parte de la carroña y del desprecio de la sociedad, que, aunque no lo conocían, merecía el odio inmenso que merece un desgraciado como él. Su ingreso a la cárcel de

i Sin Piedad Mataron i ...

menores lo había marcado para siempre, y la violación que sufrió, apenas a sus trece años cuando fue sorprendido en el baño del centro de readaptación para menores infractores; no la olvidaba. Recordaba cómo la fuerza de los cinco desgraciados lo dobló, aprovechando que se encontraba desnudo, y lo violaron para

i Sin Piedad Mataron i ...

dejarlo tirado boca abajo, mientras la regadera lavaba las huellas de lo sucedido. Nunca dijo nada, pero tampoco ejerció la venganza.

Ese hecho alimentaba el odio que sentía y lo había convertido en un hombre violento que para sobrevivir robaba y mataba; sabía que esa era la forma más fácil de existir. Ese día

i Sin Piedad Mataron i ...

estaba ahí, en su guarida, donde se escondía como una maldita rata. Siempre lo hacía y sobre todo después de haber atacado, y la noche anterior lo había hecho nuevamente.

Precisamente la tarde anterior, Lorena disfrutó la espuma del jabón que al tope cubría la tina. Había escogido un vestido rojo de esa tela

i Sin Piedad Mataron i ...

que se pega a la piel, y que mostraría las curvas de su cuerpo joven y bonito. Apenas eran las siete de la noche cuando se incorporó de la tina dejando escurrir el agua hasta el piso, mojando alrededor de sus pies bien formados que ya había metido en unas chancletas de goma negra. Su cuerpo estaba desnudo y el pelo, teñido de un color

i Sin Piedad Mataron i ...

miel claro dejaba escurrir el agua por su espalda; se cubrió con una toalla grande y la cabeza la envolvió con una más pequeña. Así salió del baño y caminó hacia la recamara, sentándose en un banquito giratorio para quedar frente al espejo del tocador de fina madera, adornado con diversas cremas, maquillajes y perfumes. Se tomó todo

i Sin Piedad Mataron i ...

el tiempo y entre que se vistió y arregló, aromatizó su cuello con un agradable perfume. Ya estaba lista.

A los pocos minutos sonó el timbre de la puerta de entrada a su casa. Era Francisco, el novio que pasaba por ella. Lorena tomó su bolso y se despidió de su madre; se agarró del brazo del galán y le selló la boca

i Sin Piedad Mataron i ...

con un beso de bienvenida, para luego salir y abordar el carro en que viajarían. Rápidamente, entre risas y besos se alejaron. Ya era muy de noche cuando regresaban; los comentarios de la película eran encontrados y polémicos y no se ponían de acuerdo, pero reían y bromeaban alegremente. Unas cuabras adelante, los jóvenes

i Sin Piedad Mataron i ...

decidieron estacionar el carro a la entrada de una calle oscura para disfrutar de sus besos. Paco acariciaba su rostro y besaba la boca ardiente de Lorena y bajaba sus manos para sentir sus caderas muy bien formadas. Ella correspondía y desabotonaba su camisa, metiendo su suave mano entre su pecho, dejándose llevar por la

i Sin Piedad Mataron i ...

pasión excitante que sentían. Para ese momento, Lorena ya había sacado los brazos de las mangas del vestido, dejando caer su brasier entre ella y el cuerpo de Paco, quedando sus senos totalmente desnudos frente a sus labios. Estaban perdidos en el placer y sólo sus agitadas respiraciones se podían escuchar. No había pasado

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

mucho tiempo cuando de pronto, fueron sorprendidos por el maldito delincuente. ¡Sí!, Roberto los sorprendió amenazándolos con una pistola.

Paco, sin pensarlo, intentó abalanzarse en su defensa, pero no lo logró; el delincuente lo recibió, golpeándole la frente con el cañón de

i Sin Piedad Mataron i ...

la pistola, dejándolo inconsciente en el mismo asiento. De pronto se encontró sangrando abundantemente ante la mirada asustada de Lorena, quien temblando y enmudecida fue sometida con brutalidad. Con una mano, Roberto le tapó la boca y la jaló hacia el asiento golpeándola en el rostro, tan fuertemente que la hizo perder el

i Sin Piedad Mataron i ...

conocimiento, luego la violó sin piedad. Las carteras, alhajas y relojes, los guardo en una mochila. La crueldad del desgraciado era tal que antes de retirarse colocó el silenciador a la pistola y disparo a la cabeza de los infortunados muchachos. Los muertos no hablan, y tampoco sufren, eso

¡Sin Piedad Mataron i ...

pensó el maldito. No dejar testigos era lo mejor, decía siempre.

Lo hecho la noche anterior, para Roberto era historia y nadie la iba a cambiar. Luego de cuatro cigarrillos se levantó de la cama.

— ¡Maldita sea!, dijo en voz baja, luego crispó los puños y golpeó con fuerza el buró que estaba al lado de la

i Sin Piedad Mataron i ...

cama, quedándose parado con la mirada perdida y pensando.

— ¡Pinche vida! Debo acabar con esto, se dijo así mismo. Ojalá no tarden, pensó, refiriéndose a sus socios.

Era el líder de un grupo de malditos con los que se reunía frecuentemente para planear algunos asaltos, sin dejar de hacer sus trabajos

i Sin Piedad Mataron i ...

personales. Cuando estaba con sus socios daba órdenes procurando ser agresivo, les hacía ver que no existía la complacencia para nadie; les dejaba claro que no le importaba la vida de nadie. Era un peligro latente, uno más de los que se esconden en las calles de la gran ciudad.

i Sin Piedad Mataron i ...

Cerca del mediodía, cuando se disponía a meterse a la regadera, escuchó pisadas en las escaleras, que al llegar a su pasillo se dirigieron al departamento veinticuatro. Con movimientos rápidos y procurando no hacer ruido, sigilosamente se acercó a una vieja mesa de madera que estaba frente a él y tomó la pistola nueve

i Sin Piedad Mataron i ...

milímetros que siempre le acompañaba, luego se colocó detrás de la puerta y casi sin respirar esperó. Un golpe primero y dos consecutivos era la clave. Su respiración se normalizó, y de inmediato, sin dejar de empuñar la pistola abrió la puerta.

—Tardaron mucho, les reclamó.
Ninguno de los delincuentes contestó.

i Sin Piedad Mataron i ...

Roberto los había citado para proponerles un negocio. Según él, sería de mucho dinero.

El primero en entrar fue Gabriel, un sujeto al que apodaban el Bizco, sobrenombre que le iba muy bien por el estrabismo que de nacimiento tenía. Roberto lo había conocido meses atrás en una cantinucha donde se refugian

i Sin Piedad Mataron i ...

las ratas malas, esas que hacen daño a la sociedad. Entre ellos había surgido una buena relación de amistad delictiva que al correr de los días se fue fortaleciendo. El Bizco era otro maldito ratero que escogía a sus víctimas a la salida de los antros aprovechando la complicidad de la oscuridad y el exceso de alcohol;

i Sin Piedad Mataron i ...

siempre los sorprendía amenazándoles con una pistola y fácilmente los despojaba de su dinero. En muchos casos, cuando oponían resistencia, los agredía con un cuchillo que llevaba en otra mano; era imposible que la policía lo identificara, ya que atacaba por diferentes lugares y a considerables distancias. Ya en complicidad con

i Sin Piedad Mataron i ...

Roberto, lo mismo robaban una casa, un negocio o un departamento y por supuesto, seguían atacando cada uno por su lado. Al principio el punto de reunión eran diversas cantinas, pero la necesidad de poder hablar sin el temor de ser escuchados los llevó al departamento de la calle Rojano.

i Sin Piedad Mataron i ...

Atrás del Bizco entró Carlos, un tipo de complexión muy fuerte, con una estatura de uno ochenta, abundante cabellera negra y ondulada, de la que se sentía orgulloso. Le apodaban el Toro. Era conocido de Roberto desde que fueron compañeros en el mismo consejo tutelar para menores infractores, donde estuvo

i Sin Piedad Mataron i ...

recluido por asesinar a dos ancianos cuando se encontraba totalmente drogado; en los momentos que robaba la casa fue sorprendido. A los dos les privó de la vida golpeándolos con una barreta de hierro. Las drogas no las había dejado por completo, y sus socios constantemente lo vigilaban, pero su habilidad en el manejo de las

i Sin Piedad Mataron i ...

armas le deban un especial lugar en las preferencias del jefe. Después del Toro entró Gregorio llevando en sus manos varias bolsas de comida y cervezas, las que de inmediato colocó en la mesa de madera. El apodo del Sapo le iba muy bien por su boca grande, ojos saltados y un cuerpo obeso; tenía una estatura de uno cincuenta y era muy tranquilo y

i Sin Piedad Mataron i ...

obediente, pero también tenía su historia. Años atrás, la práctica de las artes marciales fueron su distracción, y todos ignoraban de los doce años que estuvo en la cárcel en un estado del norte del país acusado de homicidio. Todo había ocurrido durante una práctica, cuando golpeó a uno de sus compañeros que al impacto de una

i Sin Piedad Mataron i ...

patada cayó hacia atrás partiéndose la cabeza. Antes de unirse a la banda trabajaba en un taller mecánico, donde Roberto llevaba a reparar su carro.

Por último entró Miguel, un muchacho de mediana estatura, compañero de trabajo de Gregorio, y en quien surgió la ambición por el dinero, cuando veía que Roberto le

i Sin Piedad Mataron i ...

daba buenas propinas. Ya habían pasado varios días desde que juntos cometieron el último atraco, y ahora les propondría un golpe grande, tal vez el último, dijo Roberto. Antes de cerrar la puerta observó cuidadosamente hacia el pasillo, para comprobar que nadie los seguía.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Estamos completos, dijo antes de cerrar. Miguel se había sentado en un banco, muy cerca de la mesa, justo frente a Gregorio. Carlos permaneció recargado en la pared con los brazos cruzados, mientras que Gabriel se recostó en la única cama apoyándose con las manos en la nuca, mirándole de frente.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿No hubo nada del asalto?,
cuestionó Roberto.

—Nada, contesto el Toro, leí los
periódicos y la policía no sabe nada.
Como siempre, únicamente
informaron que se trató de un asalto
más, igual a los que diariamente
ocurren; el trabajo que hicimos fue
limpio, y como ustedes saben, no

i Sin Piedad Mataron i ...

dejamos testigos. ¡Ah!, uno de ellos logró correr, pero el Bizco le metió un tiro en la cabeza; está bien muerto, igual que su acompañante.

—No estuvo mal, veinte mil de los grandes era lo que llevaban, comentó fríamente el Toro. Roberto, que los observaba, tomó una toalla y se

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

metió a la regadera. El agua fría cayó sobre su cuerpo y le hizo suspirar.

— ¡Ah!, está helada, gimió. Hubo un silencio y sólo se escuchaba el agua que caía al piso del baño, perdiéndose por la coladera hasta llegar al drenaje insalubre del viejo edificio.

i Sin Piedad Mataron i ...

Gregorio y Miguel empezaron a comer el pollo frito, tomando cada uno un bote de cerveza. El Toro y el Bizco los acompañaron en el festín. Minutos después, Roberto salió del baño y se vistió con el mismo pantalón de mezclilla, sin ropa interior, colocándose una sudadera de cuello ruso, luego se sentó a orilla de la cama,

i Sin Piedad Mataron i ...

secándose los pies con la misma toalla, cubriéndoselos con unos calcetines de lana negros, que a la vez metió en unas botas tipo mineras de color miel. Ya en pie, utilizó un cinturón de piel que lucía una hebilla de acero monel con la figura de un borrego que con la punta de uno de sus cuernos detenía los orificios del cinto. Su pelo, no muy

i Sin Piedad Mataron i ...

largo, lo echó hacia atrás; por último, se cubrió del frío con una chamarra de piel negra, se incorporó al grupo y tomó una cerveza, para beberla de un solo trago; comió del pollo frito, acompañándolo con otras cervezas. Después de saciar su hambre rompió el silencio.

i Sin Piedad Mataron i ...

—He estado pensando en la situación que estamos pasando, y la verdad vamos mal, lo que hacemos sólo alcanza para ir la pasando y cada vez esto se dificulta más, y continuó; cuando hay dinero en efectivo lo repartimos y rinde lo que tiene que rendir, pero cuando son alhajas u otras cosas sólo lo regalamos; los

¡Sin Piedad Mataron! ...

compradores no pagan ni la mitad de su valor, y así sólo nos arriesgamos para beneficio de ellos. La idea es dar un golpe grande, algo que deje lo suficiente, mucho dinero. Sus socios sólo lo escuchaban.

— ¡Si señores!, dijo muy decidido, suficiente dinero es lo que vamos a buscar.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Tienes razón, contesto el Toro.

—Qué has pensado?, cuestionó el Bizco.

—He estudiado un asunto que bien planeado puede dejarnos lo suficiente, y adiós a este desmadre. Sólo el Toro y el Bizco participaban en sus comentarios respecto del plan

i Sin Piedad Mataron i ...

de Roberto; Gregorio y Miguel escuchaban, jamás opinaban; se concretaban a obedecer lo que dijera el líder. Roberto ordenó que desocuparan la mesa, luego sacó unos planos carreteros que escondía debajo del colchón de la cama y los extendió sobre la madera. Previamente, con tinta roja había marcado una ruta a

i Sin Piedad Mataron i ...

seguir que iba de la salida de la gran ciudad hacia otro estado.

— ¿Qué es esto?, cuestionó el Bisco.

—Es la oportunidad que tenemos para hacer algo grande, contestó Roberto, sonriendo cínicamente.

— ¿Cuál es el plan?, interrumpió el Toro.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡El plan es asaltar un banco! Sí señores, así como lo oyen. En un banco hay mucha lana. Pongan atención; si nos organizamos será muy fácil y seguro, habrá mucho dinero. Asaltar un banco no es fácil, advirtió el Toro. Roberto, sin hacer caso al comentario, continuó.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Desde hace dos meses conozco el lugar, sólo trescientos sesenta kilómetros nos separan del gran golpe.

Todos miraron hacia el plano, mientras que el jefe con el dedo señalaba la ruta a seguir. Es una ciudad pequeña, pero con gran afluencia en su único banco. No tiene gran vigilancia y sólo un policía permanece de guardia

i Sin Piedad Mataron i ...

detrás de la única puerta de acceso; en sus manos porta una escopeta y al cinto una pistola revolver; es un policía como de sesenta años de edad, que se identifica claramente con el personal y los clientes, y más que vigilar se dedica a abrir y cerrar la puerta. Roberto había logrado que sus socios mostraran

i Sin Piedad Mataron i ...

interés en el plan, lo que facilitó seguir hablando sin ser cuestionado.

—Hay un gerente agregó; tres ventanillas que funcionan como cajas, atendidas por dos hombres y una mujer que se distingue por ser muy bonita y dos empleados más. Ese es todo el personal del banco, y como dije, sólo hay una puerta para entrar y

i Sin Piedad Mataron i ...

salir; estando en el interior hacia mano izquierda están las ventanillas para atención al público y a la derecha, como a ocho metros se localiza el privado del gerente. Hay además, dos escritorios en cada esquina, donde los empleados restantes asesoran a los clientes y a cuatro cuabras, sobre una calle empedrada se ubica la

i Sin Piedad Mataron i ...

comandancia de policía, pero esto no nos debe preocupar, pues sólo tienen una patrulla con un total de ocho policías más el comandante. En la única patrulla hacen los recorridos y a bordo va el jefe con cuatro policías, otro se queda de guardia a la entrada de la comandancia, uno más atiende el radio. El octavo policía es el que vigila

i Sin Piedad Mataron i ...

la entrada del banco y por último deben saber que existen tres rutas de salida del pueblo que llevan a la carretera federal.

La seguridad con que Roberto explicó el plan los dejó sin preguntas. Así transcurrió el día, entre cervezas y risas; para ellos era un excelente plan y como les dijo el jefe, sería el último

i Sin Piedad Mataron i ...

golpe, luego cada quien por su lado; ¡pero claro que esto no sería así!; era el comienzo para ir por lo grande; era sólo una maldita mentira de Roberto. Sabía que delincuentes como ellos no dejan de serlo, incluso los que están en la cárcel. Los delincuentes no cambian; y al contrario, cuando salen, no tienen nada y hacen lo que saben hacer. Un

i Sin Piedad Mataron i ...

delincuente en potencia no desaparece;
sólo deja de existir cuando se muere,
cuando lo matan.

— ¿Alguna duda?, cuestionó
Roberto. Carlos sacó de entre su ropa
un viejo revolver calibre 38 y lo puso
sobre la mesa.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Ésta es mi duda. ¿Con qué armas vamos a entrarle? ¿Cómo asalto un banco con este fierro?

—Tiene razón, sin armas y sin carros quedamos igual agregó el Bizco. Roberto los escuchó con atención y luego caminó hacia la cama se puso en rodillas y con fuerza, de la parte de abajo sacó dos cajas de madera bien

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

cerradas y las arrastró hacia ellos dejándoselas a la vista. Con unas llaves abrió los candados que aseguraban las tapas.

—Ábrelas le ordenó al Bizco que apresurado levantó una tapa, la otra la levantó el Toro. ¡Uff!, exclamaron. Ante ellos había dos rifles R-15, dos cuernos de chivo, tres pistolas

i Sin Piedad Mataron i ...

escuadras de calibre 9 milímetros, cargadores y suficientes cartuchos. El Bizco acarició un cuerno de chivo, maniobrándolo con presunción, el Toro empuñó un R-15. Sólo ellos dos y Roberto sabían utilizar ese tipo de armas, así que Miguel y Gregorio los observaban.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Estas armas son muy poderosas, así que tú, dijo Roberto, dirigiéndose al Toro, serás quien se encargue de enseñar a Miguel y Gregorio, para que en caso necesario sepan accionarlas.

—Yo me encargo, respondió el Toro.

i Sin Piedad Mataron i ...

— Está bien, debo reconocer que me has sorprendido; con estas armas no hay pecado mi líder, comento el Bizco.

Hasta ese momento podía entenderse que todo iba de maravilla y hasta se puede decir que llevaban mucha ventaja sobre la policía. Sus armas, como siempre, iban a ser la

i Sin Piedad Mataron i ...

diferencia en caso de enfrentarlos. La última orden fue para Miguel y Gregorio.

—Ustedes, dijo el jefe volteando a verlos, conseguirán dos vehículos que cubran esa necesidad, conocen de carros y seguro elegirán lo mejor. A partir de este momento no se aceptan errores.

i Sin Piedad Mataron i ...

—El Bizco, el Toro y yo empezaremos en dos días; a muy temprana hora saldremos hacia Zacuacen, dijo refiriéndose al pueblo elegido. Les enseñaré la ruta a seguir por carretera y haremos recorridos por las calles de ese lugar y conocerán el banco.

i Sin Piedad Mataron i ...

Ya oscurecía y la neblina hacía más tenebrosas las calles. Los vecinos del edificio se entretenían con programas televisivos, sin imaginar que en el departamento veinticuatro planeaban el asalto a un banco.

Miguel y Gregorio salieron del edificio con la instrucción de no regresar hasta después de siete días y

i Sin Piedad Mataron i ...

tener en su poder los carros que necesitaban; juntos desaparecieron entre las solitarias calles.

Dos días después, el reloj marcaba las cinco de la mañana y una Caribe negra circulaba con los tres delincuentes a bordo bien abrigados para cubrirse del frío. Al ir avanzando, los enormes tableros publicitarios

i Sin Piedad Mataron i ...

poco a poco quedaban atrás. Una hora después ya tomaban la carretera federal y a unos ochenta kilómetros recorridos, el jefe de la banda frenó el carro y se orilló para quedar frente a un restaurante de esos que dan servicio las veinticuatro horas y que atienden principalmente a los camioneros. Ya en el interior Roberto pidió café; el

i Sin Piedad Mataron i ...

Bizco se sentó a su lado y frente a ellos ocupó un lugar el Toro, también pidieron café. Sin apresurarse comieron huevos revueltos y jugo de naranja. La plática giraba en torno al plan que tenían en mente; ahí permanecieron un buen rato sentados. Más tarde, nuevamente tomaron carretera y dos horas después llegaron

¡Sin Piedad Mataron! ...

a una desviación que los llevaría al lugar. No paso mucho tiempo cuando frente a ellos estaba un arco anunciando la llegada al pueblo. ¡Bienvenidos a Zacuacen! Roberto les dio las últimas explicaciones, mientras entraban al pueblo.

La camioneta circulaba moderadamente hasta que llegaron al

i Sin Piedad Mataron i ...

único parquecito donde hicieron alto, permaneciendo en su interior varios minutos, luego se bajaron para sentarse en una banca de cemento, justo frente al kiosco, a unas cinco cuerdas de la ubicación del banco. Ya con las instrucciones de lo que iban a hacer, el Bizco, sin despedirse, empezó a caminar por una calle que le llevaba

i Sin Piedad Mataron i ...

rumbo al banco; el Toro hizo lo propio, pero en sentido contrario. Con suma discreción caminaron de ida y vuelta pasando frente al banco y frente a la comandancia de policía; en tiempos distintos recorrieron todas las calles cercanas al banco.

Roberto, que conocía a la perfección el lugar; abordó la Caribe

i Sin Piedad Mataron i ...

dando vuelta al parquecito, tomando otra calle hasta llegar a estacionarse frente a una fonda que se localizaba a unos cincuenta metros del banco pero en la acera de enfrente. Ya en su interior, se sentó en un lugar estratégico por donde observaba claramente los movimientos de sus socios sin perder ningún detalle, hasta

i Sin Piedad Mataron i ...

que sus pensamientos fueron distraídos por la muchacha que atendía las mesas.

—Buenos días señor, le saludo atenta. Roberto agradeció con una sonrisa y le pidió una taza con café y un vaso con agua; la muchacha asintió con la cabeza y se retiró. Dos cafés más le sirvió y le retiró el cenicero con

i Sin Piedad Mataron i ...

cinco colillas de cigarro. Una hora más tarde pidió la cuenta, luego salió a la calle abordó la Caribe y se dirigió al final de la misma calle donde levantó al Bizco, para luego regresar a la banca del parque donde ya los esperaba el Toro. Los tres en el carro negro enfilaron sobre la carretera que llevaba a otra salida del pueblo; sólo

i Sin Piedad Mataron i ...

recorrieron unos treinta kilómetros, tomando una desviación que los llevó hasta un restaurante donde comieron; por la noche se hospedaron en un hotel de otro pueblo cercano a Zacuacen; cada uno por separado tomó una habitación, haciéndolo en diferentes horarios. Previamente habían acordado regresar al día

i Sin Piedad Mataron i ...

siguiente para observar la llegada y los movimientos de los empleados del banco.

Al día siguiente, cuando el reloj marcaba las ocho con treinta de la mañana ya estaban en la fonda ubicada muy cerca del banco. La misma muchacha del día anterior les sirvió el café, seguido de unos chilaquiles con

i Sin Piedad Mataron i ...

salsa roja con un buen pedazo de carne asada. Ese día en el pueblo sería una jornada más, pues nadie sospecharía que esos desconocidos estudiaban la forma de ir por el dinero del banco.

La ubicación que tenían los tres sujetos les permitía ver claramente a toda persona que entrara o saliera del banco; no hacían ningún comentario y

i Sin Piedad Mataron i ...

se concretaban a no perder detalle de los movimientos que se registraban. Veinte minutos antes de las nueve llegó un Ford Fairmont de color rojo, cuyo conductor lo estacionó justo frente a la puerta del banco; ese lugar siempre estaba reservado para ese carro, y los otros conductores respetaban la orden. El conductor bajó

i Sin Piedad Mataron i ...

llevando en su mano izquierda un portafolio de color negro. Por supuesto que era Darío Palma, gerente del banco que ese día lucía un traje azul marino y una corbata roja que resaltaba por la blancura de la camisa; era un hombre como de cuarenta y cinco años, de complexión delgada y piel blanca; se distinguía por su trato

i Sin Piedad Mataron i ...

amable y educado, ya con mas de ocho años de estar al frente de esa institución. Darío cruzó la puerta y amablemente saludó al policía; tras él y muy apresurada llegó la mujer bonita, la única mujer que atendía una de las ventanillas, y que por supuesto era el atractivo especial. Ella también saludó al policía y ocupó su lugar de trabajo;

i Sin Piedad Mataron i ...

segundos después llegaron uno a uno los demás empleados. El reloj marcó las nueve a.m. ¡Abierto!, se leía en el letrero que el policía había colocado tras el cristal de la puerta. Nunca imaginaron que eran observados por los desconocidos que días después regresarían. Ese era su plan. Más tarde los tres sujetos se retiraron de la fonda

i Sin Piedad Mataron i ...

para hacer otro recorrido, pero ahora a bordo del carro negro. El regreso a la capital lo hicieron por la tarde.

Los tres delincuentes ya estaban en el departamento de la calle Rojano, donde se despidieron y cada uno tomó distinto rumbo. Siete días después los mismos tres sujetos se presentaron en el departamento. Roberto tenía los

i Sin Piedad Mataron i ...

planos en la mano, ya no tenían que corregir nada. La ruta estaba trazada y no cambiaría. Todo el día esperaron sin que llegaran sus otros socios; Miguel y Gregorio no aparecieron. Por la noche el Bizco y el Toro nuevamente abandonaron el departamento, quedando en regresar al día siguiente. Esto no puede fallar,

i Sin Piedad Mataron i ...

pensó Roberto luego de quedar solo; durmió toda la noche y al siguiente día, pasadas las doce a.m., tocaron la puerta; con precaución se acercó sigiloso y esperó la clave. Al abrir, ya tenía de frente al Toro.

— ¿Y el Bizco?, preguntó Roberto, un poco extrañado.

i Sin Piedad Mataron i ...

—No se, contestó su socio,
anoche se fue por su lado.

Otro día de espera y tampoco se había presentado el Bizco, lo que irritó a Roberto, pero no hizo ningún comentario. Pasadas las nueve de la noche decidieron salir a cenar, comieron tacos en un puesto callejero

i Sin Piedad Mataron i ...

y se despidieron; sólo Roberto regresó al departamento. Al siguiente día únicamente el Toro llegó al departamento. La espera llegaba al cuarto día, cuando después de las cuatro de la tarde apareció el Bizco. Roberto, sin dejar de mostrar su enojo, lo cuestionó.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿Dónde andabas cabrón?,
estoy confiando en ustedes y te pierdes
por días, y lo mismo hacen el Sapo y
Miguel; no se han reportado.

— ¿Qué quieres?, yo no los voy a
buscar, yo cumplo con lo mío, le
respondió en tono molesto. Así
permanecieron un buen rato, sin hacer
ningún comentario. Cuatro días más

i Sin Piedad Mataron i ...

de espera y ni Gregorio ni Miguel aparecieron. El Toro y el Bizco no aguantaron mas y le hicieron saber su molestia al jefe de la banda.

—Esos pendejos no nos sirven, comentó el Bizco. El Toro aprobó lo dicho y sugirió que era mejor llevar a cabo el plan sin Gregorio y Miguel. Roberto, que en ese momento

i Sin Piedad Mataron i ...

limpiaba su pistola, los escuchó, pero opinó diferente.

—Vamos a esperar, tengo la seguridad que no tardarán.

Por otro rumbo de la gran ciudad, el Sapo y Miguel deambulaban por diversas calles, sin encontrar la forma de conseguir los carros que les

i Sin Piedad Mataron i ...

había encomendado Roberto; para ellos era la primera vez que robarían unos carros; sentados frente a la barra de un bar, ingerían unas cervezas.

—Esta muy cabrón, comentó Miguel. El Sapo lo miró un tanto preocupado, y agregó.

—Igual digo yo.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿Y si nos rajamos?, total no saben donde vivimos, sugirió.

—Pero ¿y la lana? Esos cabrones la van a hacer, le respondió Miguel.

—Pos sí, pero ya llevamos muchos días y no conseguimos nada, comentó Gregorio antes de salir a la calle.

i Sin Piedad Mataron i ...

Casi eran las ocho de la noche cuando reanudaron el camino sin idea clara de cómo conseguirían los carros; no tenían un plan y ni siquiera sabían cómo lograr el objetivo. Más adelante llegaron a unos macetones instalados a la entrada de un centro comercial donde se recargaron. Segundos después, frente a ellos pasó una

i Sin Piedad Mataron i ...

camioneta de lujo con vidrios polarizados de color gris, desplazándose hasta el estacionamiento. Ambos se miraron.

—Ésta puede ser, dijo Miguel.

—Sí, esta es la camioneta que necesitamos, respondió el Sapo. Sin perder detalle observaron cómo se estacionaba. Primero bajó el

i Sin Piedad Mataron i ...

conductor, un señor como de sesenta años que cubría su cabeza con un sombrero, vestido con un abrigo que le tapaba hasta los pies. Del lado del copiloto bajó una señora muy elegante con un abrigo similar, que hacía juego con el bolso de piel de color negro que le colgaba por el hombro izquierdo.

i Sin Piedad Mataron i ...

Tomados del brazo caminaron hacia el interior del centro comercial.

Los dos delincuentes acordaron colocarse en sentidos opuestos, simulando ser clientes del lugar y vigilando muy de cerca la lujosa camioneta. No tuvieron que esperar mucho tiempo, cuando la pareja regresó. El hombre bajó al piso las

i Sin Piedad Mataron i ...

bolsas que llevaba, introduciendo la llave a la puerta del vehículo. Tan pronto abrió, al recoger los paquetes fue sorprendido por el sapo.

—Obedezca y no pasa nada, le dijo en tono amenazante, al tiempo que con la pistola le presionaba por la espalda. El hombre obedeció sin

i Sin Piedad Mataron i ...

oponer resistencia para enseguida subir a la camioneta, quedando frente al volante, mientras que el delincuente subía por la puerta trasera. Miguel tenía amenazada a la mujer, presionándole con un cuchillo la garganta. En cosa de segundos los cuatro ya estaban arriba de la camioneta. La señora quedó atrás en

i Sin Piedad Mataron i ...

medio de los delincuentes, sin poder evitar que las lágrimas le brotaran en silencio y no dejaba de temblar.

—Vámonos, le ordenaron al conductor. Así circularon por espacio de una hora y media, pasando por diversas calles y avenidas, hasta que llegaron a unas bodegas abandonadas.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Entra ahí, le ordenaron al señor. Lentamente la camioneta avanzó hasta el fondo de la bodega, donde frenó y apagó el motor. Con la poca luz que llegaba de la luminosa ciudad, los obligaron a sentarse en el piso, luego con tela adhesiva les taparon la boca y los inmovilizaron de pies y manos, arrastrándolos en sentido

i Sin Piedad Mataron i ...

contrario a una distancia de treinta metros.

Los dos delincuentes abordaron la camioneta, dejando a la pareja sin oportunidad de pedir auxilio. Ya cerca de las dos de la madrugada llegaron a un taller que tenían en una colonia en las afueras de la ciudad. Tres días después, de la misma forma

i Sin Piedad Mataron i ...

consiguieron el otro vehículo; un carro compacto de los más nuevos. Tanto la camioneta como el vehículo fueron transformados; la camioneta la pintaron de color rojo; el coche ya no era verde olivo sino azul; las placas sobrepuestas hacían el cambio total.

Transcurridos más de quince días, muy lejos del tiempo acordado

i Sin Piedad Mataron i ...
para presentarse al departamento de la
calle Rojano, Roberto y los otros
delincuentes no podían ocultar su
enojo en contra de Miguel y el Sapo.

— ¿Dónde viven esos pendejos?,
preguntó el Bizco.

i Sin Piedad Mataron i ...

—No lo sé, el taller donde los conocí ya lo cerraron, contestó Roberto.

Pasadas las cinco de la tarde, el Toro ya se despedía, pero las pisadas que se dirigían hacia el departamento veinticuatro lo hicieron esperar. Alertas, tomaron las precauciones de costumbre, quedándose callados. La

i Sin Piedad Mataron i ...

clave conocida los hizo abrir la puerta presurosamente. El Sapo y Miguel entraron muy tranquilos, podría decirse que iban orgullosos. Habían conseguido los carros, aunque en mayor tiempo del planeado.

— ¿Dónde andaban?, les preguntó Roberto, al tiempo que cerraba la puerta

i Sin Piedad Mataron i ...

—Ahorita les explicamos, contestó Gregorio.

—No fue fácil, nos costó mucho trabajo, pero ya tenemos los carros bien cambiados y listos para lo que se ofrezca, dijo Miguel.

— ¿Dónde los tienen?, cuestionó Roberto.

i Sin Piedad Mataron i ...

—En un lugar seguro. Cuando ordenes vamos por ellos.

Parte de la noche la dedicaron a explicar el plan a los recién llegados, y al final el Toro les instruyó en el manejo de las pistolas. Roberto se despidió de ellos y salió del departamento; más tarde se retiraron los demás delincuentes.

i Sin Piedad Mataron i ...

Dos días después se reunirían nuevamente para salir de la ciudad.

Las once a.m. marcaba el reloj de la iglesia donde oficiaba las misas el padre Juan, cuando un individuo bien rasurado, impecablemente limpio, vestido con pantalón de mezclilla nuevo, camisa negra de mangas largas y chamarra de piel tipo saco de color

i Sin Piedad Mataron i ...

negro, que calzaba unas botas negras bien boleadas, fue el primero en llegar al departamento veinticuatro. Era Roberto, con otra apariencia; en sus manos llevaba dos maletas largas de lona azul, bien reforzadas en sus agarraderas hechas de lona, capaces de soportar el peso de las armas que utilizarían para el asalto al banco. Ya

i Sin Piedad Mataron i ...

en el interior las puso sobre la mesa, y luego se dejó caer en la cama, con la mirada fija al techo, colocando su pistola entre las piernas. Prendió un cigarrillo y empezó a fumar, dispuesto a esperar a sus socios.

Ese día el frío había cedido un poco ante la insistencia del señor sol. El Bizco y el Toro, que ya habían

i Sin Piedad Mataron i ...

hecho pareja, llegaron al departamento, también llevaban ropa limpia y hasta se notaba que se habían peinado. Cuando vieron a Roberto no dejaron de sorprenderse. El cambio era notable. También se sorprendió Miguel, quien llegó con ropa limpia. El Sapo se sintió mal, ya que no reparó en ese detalle, y llegó con una chamarra

i Sin Piedad Mataron i ...

deportiva y con sus tenis sucios, como siempre.

—Por fin llegó el día, comentó Roberto. ¡Vámonos!, ordenó. El Bizco y el Toro revisaron las armas y las colocaron en las maletas azules.

—En partes iguales repartiremos el dinero, dijo Roberto antes de salir del departamento.

i Sin Piedad Mataron i ...

El Sapo salió en compañía del Toro y el Bizco llevando las maletas con las armas; los tres caminaron por el pasillo, bajando las escaleras muy apresurados, ante la mirada de algunos vecinos. A dos cuadras del edificio estaba el estacionamiento donde habían dejado la camioneta. El Sapo tomó el volante y enfiló hacia la salida

i Sin Piedad Mataron i ...

de la ciudad, para esperar en otro lugar a Roberto y Miguel, quienes en el mismo estacionamiento abordaron el carro compacto que mucho le gusto. Miguel conducía el vehículo, tomando la misma ruta que sus socios, los que al recibir las señales de las luces del carro los siguieron. El Sapo manejó a prudente distancia.

i Sin Piedad Mataron i ...

En el trayecto del viaje, ya pocos comentarios hacían; seguros estaban que la historia no sería diferente a lo planeado, y los vehículos fueron comiendo kilómetros y poco a poco, entre rectas y curvas se alejaron de la gran ciudad. Por la noche ya estaban hospedados en un hotel diferente al

i Sin Piedad Mataron i ...

que habían ocupado días antes, pero a una distancia cercana a Zacuacen.

En punto de las siete de la mañana de ese jueves con llovizna y abundante neblina, salieron del hotel. Miguel, a bordo del carro azul, tomó la carretera delante de sus socios, llegando a una desviación de terracería. Su trabajo consistía en estacionarse

i Sin Piedad Mataron i ...

muy cerca de la carretera, a unos treinta y cinco kilómetros de Zacuacen para esperar a sus socios y hacer el cambio de vehículos. El paraje donde abandonarían la camioneta lo habían elegido previamente con la intención de confundir a la policía, en caso de que los siguieran, aunque Roberto no había considerado esta posibilidad. De

i Sin Piedad Mataron i ...

ahí tomarían un camino de terracería que los sacaría de la zona para después desviarse sobre la carretera federal y regresar a la gran ciudad.

El sapo conducía la camioneta roja y a su lado iba Roberto, que para ese momento llevaba unos lentes de cristal transparente, que transformaban su fisonomía para no ser reconocido;

i Sin Piedad Mataron i ...

la pistola nueve milímetros la había colocado en la cintura bien ajustada con el cinto, oculta tras la chamarra. El Toro, que viajaba atrás de Roberto, cortó cartucho a su pistola, la cual ocultó en su cintura trasera, cubriéndola con la chamarra de mezclilla. El Bizco metió en la maleta un cuerno de chivo, con dos

i Sin Piedad Mataron i ...

cargadores bien abastecidos, ya previamente unidos con tela adhesiva, pensando en la posibilidad de tener que accionarlo y poder sustituirlo con mayor rapidez. A Miguel le habían dejado otra pistola y en el piso trasero de la camioneta colocaron otro R-15 y un cuerno de chivo debidamente abastecidos. Antes de llegar al poblado,

i Sin Piedad Mataron i ...
como a cuatrocientos metros de la
primera calle había un arco construido
de pura piedra anunciando la entrada
al poblado con unas letras grandes, con
una leyenda que se leía:

“BIENVENIDOS A
ZACUACEN”

i Sin Piedad Mataron i ...

Alguien lo había bautizado con ese nombre, sin que nadie supiera por qué, pero al fin así se le conocía desde que existía y seguro tenía más de cien años de ser habitado, de lo que sus habitantes estaban muy orgullosos. Cada mes de diciembre, precisamente en los primeros días, paraban sus labores para participar de la feria, la

i Sin Piedad Mataron i ...

cual iniciaba al pasar por las calles el santo patrono. Y como en todos los lugares con fiesta, recibían cientos de visitantes de otros pueblos cercanos, olvidándose del fuerte frío que se deja sentir en esa zona serrana.

Los delincuentes cruzaron el arco de bienvenida. Con otra personalidad, Roberto bajó de la camioneta tres

i Sin Piedad Mataron i ...

cuadras antes, caminando hacia la fonda de la acera de enfrente al banco. Ahí, la muchacha le sirvió café, pero esta vez al momento le pagó. Luego tomó su posición y muy disimulado observaba sin pestañear; su reloj ya coordinado con los de sus socios marcaba las ocho con treinta y nueve. En otro punto, el Toro también se

i Sin Piedad Mataron i ...

había bajado de la camioneta, caminando en sentido contrario, para quedarse parado simulando que leía un periódico y esperar el momento para dirigirse al banco.

A la misma hora de siempre el gerente apareció en su coche rojo y entró al banco. Segundos después llegó la mujer bonita, y como de costumbre,

¡Sin Piedad Mataron! ...

en ese orden llegaron los demás empleados. Como todos los días de la semana, todo se desarrollaba al mismo ritmo, y cada uno empezó a realizar sus labores; podía pensarse que iba a ser otra jornada sin contratiempos. A las nueve en punto el policía colocó el letrero atrás del vidrio de la puerta de entrada. ¡Abierto!, se podía leer.

i Sin Piedad Mataron i ...

No pasó mucho tiempo cuando un joven entró, dio los buenos días al policía y se dirigió a la ventanilla que atendía la mujer bonita. Laura era una mujer de rostro fino y de cintura envidiable, de esas damas que la naturaleza elige para ser bonitas, soltera y con una agenda completa de invitaciones que ella describía como

i Sin Piedad Mataron i ...

insinuaciones para conquistarla. Y claro, no se equivocaba, tenía un buen tiempo trabajando en ese banco; había llegado de otra ciudad y vivía en la casa de la señora Gloria, quien le rentaba una recámara y compartían los alimentos como si fueran familiares. La señora era viuda, y para no vivir sola prestaba ese servicio.

i Sin Piedad Mataron i ...

Como de costumbre, Laura se veía hermosa; lucía una blusa azul cielo combinada con su falda y saco azul marino, escondiendo un cuerpo curvo y bien delineado. La falda le dejaba al descubierto sus atractivas piernas sobre el tacón de sus zapatillas negras, que le hacían ver más alta. Ese día había seguido su rutina, caminando hacia el

i Sin Piedad Mataron i ...

banco desde la casa donde vivía, recorriendo tres cuadras a la escucha de los piropos de algunos atrevidos. Antes, durante el desayuno, doña Gloria no dejó de recomendarle que llegara temprano al trabajo.

—No te entretengas por ahí, le gritó al salir de la casa.

i Sin Piedad Mataron i ...

Después del primer joven que entró al banco, un señor lo siguió, acompañado de una dama elegantemente vestida, dejando estacionado su vehículo compacto unos metros atrás de la puerta del banco. Tras los señores, entró Roberto, saludando amablemente al policía y muy seguro en su caminar se

i Sin Piedad Mataron i ...

dirigió hacia el privado del gerente; segundos después entró el Toro, quien disimulando tomó una ficha de depósito con la intención de pasar desapercibido. Simultáneamente a esta acción, casi frente a la puerta, un poco atrás del coche rojo del gerente hizo alto la camioneta que conducía el

i Sin Piedad Mataron i ...

Sapo; con la maleta en la mano izquierda, presuroso se bajó el Bizco.

Desde el interior, el policía observaba sus movimientos, sin imaginar que el desconocido llevaba el cuerno de chivo en la mochila. Acto seguido, le abrió. En ese momento el Toro se dio vuelta, sacando de entre

i Sin Piedad Mataron i ...

sus ropas la pistola. El policía sintió el cañón presionando su espalda.

— ¡No hagas pendejadas!, le dijo, amenazándolo, luego le despojó de la pistola y le ordenó que pusiera la escopeta en el piso. Todo fue tan rápido que no le dio tiempo de reaccionar, luego lo empujó por la

i Sin Piedad Mataron i ...

espalda llevándolo hacia el privado del gerente.

—Ustedes también, ordenaron a los demás empleados. Los pocos clientes también obedecieron la orden.

El Bizco ya estaba adentro y los amenazaba con el cuerno de chivo, recargado en la pared, medio oculto en la puerta de entrada, donde ya había

i Sin Piedad Mataron i ...

volteado el letrero con la leyenda
“Cerrado”.

— ¡Obedezcan y no pasa nada!,
amenazó enérgico. Enseguida tiró la
maleta a las manos del Toro.

—Ahí que echen el dinero,
¡rápido!

Roberto ya tenía controlado al
gerente, que temeroso emitía un

i Sin Piedad Mataron i ...

gemido de dolor por la fuerza con que lo agarraba torciéndole el brazo hacia atrás. Para ese momento todos los rehenes estaban tirados boca abajo en el piso del pequeño privado. El Toro se dirigió hacia Laura.

— ¡Mete todo el dinero en la maleta!, le ordenó. Ella obedeció

¡Sin Piedad Mataron! ...

temerosa. El delincuente, al ver que era poco dinero, exclamó molesto.

— ¡Maldita sea!, es muy poco dinero.

— ¡La caja fuerte!, gritó Roberto. Rápidamente y con violencia llevó al gerente hacía la puerta donde pensó que estaba la caja fuerte.

— ¡Abre!, le ordenó con un grito.

i Sin Piedad Mataron i ...

No habían transcurrido ni dos minutos y todo se desarrollaba de acuerdo al plan de los delincuentes. Afuera, en el interior de la camioneta roja, con el motor encendido y con las luces intermitentes encendidas, al Sapo se le hacían eternos esos instantes y el nerviosismo le hacía sudar las manos, al estar empuñando la pistola con

i Sin Piedad Mataron i ...

cartucho cortado; sus ojos brillaban intensamente como presintiendo lo peor.

Carlos, el joven de quince años que a diario acudía a lustrar el calzado del gerente, no iba a dejar de ir; se presentaría tan pronto como abrieran el banco o antes del mediodía; muy distraído llegó caminando sin ninguna

i Sin Piedad Mataron i ...

prisa; en sus manos llevaba el cajón con sus implementos de trabajo; ya en la puerta se quedó parado al ver que el letrero advertía cerrado. No es posible, pensó. Vio su reloj, al momento que observaba hacía el interior del banco en busca del policía. Sorprendido se percató que el Bizco amenazaba con su

i Sin Piedad Mataron i ...

arma a los empleados y clientes; sin pensarlo salió corriendo y gritando.

— ¡Asaltan el banco! Sólo eso alcanzó a gritar ante la mirada de la poca gente que en ese momento caminaba por ahí, el Sapo accionó su pistola. En el cuello y en el pecho penetraron las balas que le quitaron la vida; su cuerpo fue impactado,

¡Sin Piedad Mataron! ...

golpeándose contra la pared, para luego caer en la cuneta, quedando inmóvil y boca abajo sobre un charco de sangre. El Bizco, al escuchar las detonaciones, volteó hacia la calle, sorprendido.

— ¡Maldita sea!, gritó.
¡Vámonos!, algo pasó afuera, advirtió, dirigiéndose al jefe de la banda.

i Sin Piedad Mataron i ...

El gerente todavía no habría la puerta cuando Roberto lo golpeó en la cabeza con la pistola. El Bizco salió corriendo, seguido por el Toro. Roberto, al ver que sus socios se iban, los siguió de prisa, jalando a Laura del brazo y llevándosela hacia la calle. El policía, al ver lo que pasaba, con rapidez tomó la escopeta y corrió

i Sin Piedad Mataron i ...

hacia la puerta, pero no alcanzó a disparar. El Bizco, que vigilaba la salida de Roberto, accionó el cuerno de chivo, impactándolo con una ráfaga de tiros para hacerle caer sobre los vidrios de las ventanas destruidas. El policía cayó instantáneamente muerto.

Los matones abordaron con rapidez la camioneta, al tiempo que el

i Sin Piedad Mataron i ...

Sapo aceleraba, chocando por alcance al coche rojo del gerente. En la calle la confusión se hacía sentir y las gentes que se habían acercado al grito del bolero corrían y se refugiaban en las puertas de las casas y detrás de los vehículos estacionados. La alerta había llegado hasta la comandancia de policía y la patrulla era conducida a

i Sin Piedad Mataron i ...

gran velocidad rumbo al banco; llegó justo a la huida de los delincuentes que daban vuelta en la primera calle. El policía que conducía la patrulla enfiló por diferentes calles, tratando de cortarles el paso y darles alcance. Ya cuando los tenían cerca fueron recibidos con unas ráfagas de balas que eran escupidas por los cuernos de

i Sin Piedad Mataron i ...

chivo. El rostro del policía que conducía fue alcanzado y perdió el control de la patrulla, quedando impactada contra un poste. Ante el choque, los policías salieron disparados por los aires quedando tirados en la banqueta o a media calle, gravemente lesionados. El comandante tenía rota la cabeza al estrellarse contra

i Sin Piedad Mataron i ...

el parabrisas y quedó prensado entre el asiento y el tablero de la patrulla.

Laura iba en el asiento trasero, lanzando golpes y patadas, defendiéndose para tratar de zafarse de las manos de Roberto, que con brusquedad le sujetaba y quien dejó salir un quejido de coraje al ser alcanzado en la cara. Ante esto, con

¡Sin Piedad Mataron i ...

mayor fuerza la presionó, inclinándola hacia el piso. La camioneta avanzó rápidamente para salir del pueblo.

— ¡Desgraciados, malditos!, gritó Laura. Hasta ese momento el jefe de la banda encaró al Sapo.

— ¿Qué chingados pasó?, ¿por qué disparaste tu pistola? ¡Cabrón! No

¡Sin Piedad Mataron! ...

recibió ninguna respuesta; el Sapo tenía la mirada fija al frente y conducía a gran velocidad.

— ¿Por qué trajiste a la vieja?,
cuestionó el Bizco.

— ¡Mátala y tírala de la
camioneta!, le exigió.

Lejos de ahí, Miguel que
esperaba, se encontraba desesperado en

i Sin Piedad Mataron i ...

el lugar acordado. Minutos después ya tenía de frente a los malditos delincuentes. El Sapo frenó bruscamente la camioneta; todos bajaron apresurados. Roberto no soltaba el brazo de la mujer llevándola al interior del coche.

—Suban todos, ordenó Roberto.

El Bizco y el Toro se negaron a subir.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Nosotros seguiremos en la camioneta, contestaron. Miguel aceleró el coche y tras él avanzó la camioneta conducida por el Toro.

— ¿Qué pasó?, preguntó Miguel.

—Pregúntale a este pendejo, respondió Roberto. Miguel volteó hacia su compañero cuestionándole

i Sin Piedad Mataron i ...

con la mirada. El Sapo, que temblaba nerviosamente, no contestó.

Laura, incrédula de lo que estaba viviendo, ya no luchaba y sólo escuchaba la alegata y los reclamos que se hacían. Sólo llevaba una zapatilla, la otra se le había caído al momento en que con violencia la sacaron del banco; el tobillo de su pie izquierdo estaba

i Sin Piedad Mataron i ...

inflamado, provocándole un fuerte dolor. Los dos vehículos avanzaban rápidamente en un asfalto muy deteriorado. Ya había transcurrido más de una hora cuando el jefe de la banda se percató que iban por un camino equivocado, pero dejó que Miguel continuara conduciendo. El Toro, que los seguía muy de cerca, aceleró la

i Sin Piedad Mataron i ...

camioneta para rebasarlos haciéndoles señas para que frenaran. Miguel frenó y esperó que el Toro se bajara de la camioneta. El jefe de la banda hizo lo mismo, ordenándole al Sapo que vigilara a la mujer.

— ¿Qué hacemos cabrón?,
cuestionó el Toro. Roberto lo encaró.
Todo está bien, dijo, nos salimos de la

i Sin Piedad Mataron i ...

carretera que teníamos programada.

Esta es una carretera que no conozco, pero tenemos que seguir, de esta manera nos alejamos de la zona y tomamos ventaja; si los pinches policías vienen tras nosotros lo mejor será continuar sólo en el coche. La camioneta la empujaron hasta dejarla caer en una zanja a orilla de carretera,

i Sin Piedad Mataron i ...

procurando que estuviera visible para distraer a la policía cuando la encontrarán.

El reloj marcaba las doce con treinta y cinco del medio día. Laura iba al lado de Roberto, mientras que Miguel continuaba al volante. El Sapo permanecía tras el chofer, aguantando las ofensas del resto de los matones.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Te dijimos que este pendejo no iba a servirnos, y mira en qué pinche lío nos metió.

A las tres de la tarde trataban de mostrar cierta tranquilidad ante la seguridad de que habían logrado despistar la posible persecución de los policías. Muy lejos de ahí, afuera del banco, se había reunido un nutrido

i Sin Piedad Mataron i ...

grupo de policías que habían llegado de diversos lugares cercanos. Los curiosos y testigos intercambiaban comentarios con diversas versiones; la zona estaba acordonada y no se permitía el acceso de nadie. Los trabajos de las primeras investigaciones los realizaban los jefes de policía con la ayuda de fotógrafos y peritos

i Sin Piedad Mataron i ...

especializados, que buscaban en cada rincón alguna huella que ayudara a reconocer a los matones. Todos se movían eficientemente de un lado a otro, concentrados en sus tareas. El mando de las investigaciones lo había tomado uno de los comandantes de mayor experiencia y ya intercambiaba palabras con los peritos, con testigos y

i Sin Piedad Mataron i ...

otras personas que se le acercaban para dar su versión.

—Lleva a estas personas a la comandancia para que aporten más información y se elaboren los retratos hablados de los matones, dijo, dirigiéndose a uno de los policías que le acompañaban, luego entró al banco

i Sin Piedad Mataron i ...

y se dirigió hacia el privado del gerente.

— ¿Cómo ésta?, preguntó. Estoy a cargo de esto, ¿qué me puede decir?

—No acabo de entender lo que pasó.

— ¿Podría describir a los delincuentes?; sería de mucha ayuda.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Trataré de aportar la mayor información, aunque todavía estoy un poco mareado por el golpe que me dieron esos desgraciados.

El policía mostraba preocupación y no estaba nada contento con la información que hasta ese momento tenían.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿Qué van a hacer?, cuestionó el gerente del banco. ¿Sabía que los malditos asesinos se llevaron a Laura?

— Sí, eso me dicen; ya nos estamos organizando para ir tras ellos. El policía dio la vuelta y salió a la calle.

Todo era confusión en el pueblo; la tranquilidad había sido violentada y

i Sin Piedad Mataron i ...

seguro pasaría mucho tiempo para que los habitantes olvidaran ese día sangriento. El policía echó a caminar, y minutos después tocaba la puerta de madera de la casa; al momento una señora abrió, quedando frente a él.

— ¿En qué puedo servirle?, dijo al abrir.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿La señora Gloria?, preguntó.

Perdone, ¿puedo entrar?

— ¡Oh sí!, por favor. La señora cerró la puerta a la espalda del policía; era una mujer muy viva, como de setenta años, de ojos brillantes. Ella ocupó una silla, mirando al policía con un gesto de impaciencia, luego lanzó una pregunta.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿En qué puedo servirle?

—He venido para que me informe sobre la señorita Laura, pues creo que me pueden ayudar en mucho sus comentarios. Usted sabe, el asunto del banco nos tiene muy ocupados. La señora le miro de arriba abajo.

—Sí. ¿Y yo en qué puedo ayudar?

i Sin Piedad Mataron i ...

—Vive aquí la señorita Laura, ¿verdad?

—En efecto, pero no está, ella trabaja en el banco y no ha venido.

—Bien. ¿Qué podría decirme de las amistades de ella?

—Muy poco, respondió la señora. Vive aquí, es mi compañera y de sus amistades son pocos con los que

i Sin Piedad Mataron i ...

tiene comunicación, aunque la conocen muchas personas que acuden al banco. El policía le disparó la sospecha y el motivo de su visita.

—Yo investigo si la muchacha pudiera tener alguna amistad con los sospechosos del asalto al banco, por lo que es necesario, si me permite, hacer una revisión en la recamara de la

i Sin Piedad Mataron i ...

muchacha. La señora le miró incrédula, pero no tuvo objeción en permitirle la entrada. Sin más, abrió el cajón de un buró y sacó unas llaves, luego caminó hacia el fondo de la casa, seguida del policía. Ya en el interior de la recámara, la señora siguió con la mirada todos sus movimientos.

i Sin Piedad Mataron i ...

—No creo que Laura tenga algo que ver. La conozco muy bien; es como mi hija y le puedo asegurar que su sospecha será sólo eso, comentó muy segura; Dios quiera que encuentren a esos malditos y traigan a Laura, dijo de forma exigente. El policía salió de la casa, llevando un retrato de Laura.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Es una muchacha muy bonita, ¿verdad?, cuestionó la señora.

—Muy bonita, respondió el policía.

Más tarde, un grupo como de 80 policías salieron tras los ladrones. En huayatán, un poblado de otro estado, localizado a una distancia de 163 kilómetros de Zacuacen, todo se

i Sin Piedad Mataron i ...

desarrollaba como cualquier otro día, cuando en la oficina de la comandancia de policía sonó el timbre del único teléfono. Uno de los agentes tomó el auricular y contestó. Al otro lado escuchó una voz apresurada y un tanto confusa.

— ¿Diga?

i Sin Piedad Mataron i ...

—Con el jefe de policía, por favor.

—Permítame, contestó. El comandante Ramiro tomó la bocina.

—Hablo de la comandancia de Zacuacen, escuchó el interlocutor, al tiempo que le narraban lo ocurrido. El jefe policiaco puso la mayor atención, sin parpadear. Al final, el hombre de la

i Sin Piedad Mataron i ...

voz le advirtió de la peligrosidad de los asaltantes y le informó de la ruta que habían tomado los asesinos, pues precisamente se dirigían hacia ese lugar.

El comandante Ramiro bajó la bocina y con cierta preocupación llamó a los agentes que ahí se encontraban. Diez minutos después, a

i Sin Piedad Mataron i ...

bordo de una camioneta Pick-up, con dos agentes, salió del pueblo, seguido de otra camioneta con tres agentes más; los apoyaba una tercera camioneta donde viajaban cinco policías uniformados. Los tres vehículos enfilaron hacia la carretera por donde supuestamente circulaban los matones.

i Sin Piedad Mataron i ...

El pueblo de Huayatán se encontraba distraído con la algarabía y el chisme por el evento que en el parquecito se desarrollaba; las autoridades se disponían a inaugurar la feria anual.

En pocos minutos los policías ya habían recorrido varios kilómetros al encuentro de los matones, llegando a

i Sin Piedad Mataron i ...

un punto donde la carretera tenía dos rumbos, para volver a unirse unos treinta y cinco kilómetros más adelante. Ahí los policías hicieron alto. El comandante habló con Raúl, un policía joven de toda su confianza.

—Mira, le dijo, tú con Emilio y Martín tomen la ruta más corta y que te acompañen los policías

i Sin Piedad Mataron i ...

uniformados; cuando lleguen a la unión de las carreteras esperen, tan pronto pasen la curva del diablo, de esta forma no tendrán salida los malditos. Tomen todas las precauciones y mantengan comunicación con la radio del vehículo; existe la posibilidad de que los encontremos de frente.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Ok, respondió Raúl.

La curva del diablo le decían a un tramo de carretera que rodeaba un cerro en un giro de casi trescientos sesenta grados, que al terminar topaba con un barranco, donde los accidentes eran historias y leyendas frecuentes que contaban los habitantes de los pueblos cercanos. Decían que por las noches,

i Sin Piedad Mataron i ...

escondido tras la niebla, aparecía un niño vestido con ropas blancas que caminaba a orillas de la carretera y de pronto se cruzaba imprudentemente, provocando los accidentes; era una de esas historias que provocan miedo. El lado derecho del pavimento se cubría de maleza abundante y al oscurecer no se veía nada; esto servía para que se

i Sin Piedad Mataron i ...

escondieran los grillos que brincaban ante la luz de los cocuyos. Los fuertes troncos de los enormes árboles eran impresionantes en esa zona serrana.

Raúl, con la seguridad de siempre, conducía la camioneta, llevando entre sus piernas la pistola nueve milímetros y a un lado la escopeta. De copiloto viajaba Emilio,

i Sin Piedad Mataron i ...

un policía con muchos años de experiencia y con muchas agallas que sin pronunciar ninguna palabra llevaba la mirada fija, como imaginando el momento en que enfrentaría a los matones; con las manos apretaba fuertemente la sub ametralladora UZI bien abastecida, que nunca le había fallado. Atrás, en la batea, recargado en

i Sin Piedad Mataron i ...

la cabina y empuñando un rifle R-15, iba el agente Martín. La curva del diablo la tuvieron a la vista. Los policías nunca imaginaron que estaban a segundos de toparse con los malditos matones; eran casi las ocho de la noche y la oscuridad había vencido la luz del sol; las dos camionetas daban vuelta en la peligrosa curva.

i Sin Piedad Mataron i ...

De pronto, exactamente a la mitad de la curva, los malditos aparecieron. Los vehículos fueron frenados bruscamente, pero alcanzaron a impactarse de frente; Martín salió disparado por los aires cayendo sobre el cofre del carro de los asesinos. El Bizco bajó con rapidez y de inmediato accionó el cuerno de chivo,

i Sin Piedad Mataron i ...

impactando el parabrisas de la camioneta. Los judiciales no alcanzaron a repeler la agresión. Raúl recibió los impactos en el rostro, quedando su cuerpo prensado entre el volante y el respaldo del asiento, con la cabeza bañada en sangre totalmente desfigurado y muerto sin remedio. Emilio, que había intentado abrir la

i Sin Piedad Mataron i ...

puerta para salir y defenderse, quedó desecho del pecho, al ser alcanzado por las ráfagas de plomo que el Toro lanzaba del lado contrario. Martín, que intentaba moverse sobre el cofre del coche fue asesinado sin piedad por las balas de la pistola nueve milímetros del jefe de la banda. Al ver que no había respuesta de los policías, se fueron en

i Sin Piedad Mataron i ...

contra de los uniformados disparando sus armas desesperadamente. El cruce del fuego se dejó sentir ante la respuesta de los policías que con las escopetas lanzaban disparos, intentando defenderse. Los cinco policías se cubrían tras la patrulla, sin la mínima oportunidad de salir con vida. Los tres asesinos lanzaban ráfagas

i Sin Piedad Mataron i ...

por distintos costados hasta que lograron rodearlos. Uno a uno, los policías fueron cayendo hasta que no hubo respuesta. El lugar se había convertido en un infierno; luego, hubo un silencio de miedo con olor a pólvora y en medio los asesinos, que una vez más no dejaban testigos. El

i Sin Piedad Mataron i ...

Sapo y Miguel estaban escondidos tras el coche.

A varios kilómetros de ahí, el otro grupo de judiciales circulaba rumbo a la curva del diablo. La preocupación del comandante era notoria; no había respuesta al llamado del radio. Como presintiendo que nada estaba bien, ordenó a su compañero

i Sin Piedad Mataron i ...

que acelerara la camioneta. En la zona de la muerte y durante la confusión de la balacera, Laura, que sangraba por una herida en la frente, resultado del impacto contra la puerta al momento del choque, se había arrastrado por el lado del chofer, alcanzando a salir del coche para alejarse de los malditos sin que estos se percataran de la acción.

i Sin Piedad Mataron i ...

Así avanzó, arrastrándose entre la maleza; con el pecho sobre la hierba mojada se impulsó con desesperación, avanzando un buen tramo, pero llegó el momento en que no pudo más y se quedó quieta y en silencio. Su corazón muy acelerado, golpeaba su pecho, y su respiración la mantenía con dificultad, temerosa de que los asesinos la

i Sin Piedad Mataron i ...

escucharan. Un tiempo después, procurando no hacer ruido, continuó arrastrándose para buscar un mejor refugio y esconderse. Más adelante se topó con el grueso tronco de un árbol, que surgía de la tierra como un gigante que la protegía sin verla ni sentirla. Ahí permaneció, en una oscuridad que la empezó a cubrir de miedo. Con sus

i Sin Piedad Mataron i ...

brazos y manos tapó su cuerpo para esconderse y cubrirse del maldito frío auxiliada por la vigilancia de los grillos y los cocuyos que hacían sus recorridos diarios como si fueran los vigilantes del bosque. El viento no dejaba de moverse haciendo el ruido tenebroso que todos conocemos y que nos hace imaginar cosas que no existen. Laura

i Sin Piedad Mataron i ...

temblaba de frío y cerró sus ojos para cobijarse aún más. Luego, el cansancio la venció para quedarse dormida completamente. Los malditos, al ver que ya no había respuesta de los policías, revisaron el lugar, comprobando que todos estaban muertos.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¡Vámonos, ya no hay nadie!, dijo el jefe de los matones. ¿Dónde está la mujer?, cuestionó, al no encontrarla en el interior del carro. Búsquenla, ordenó, dirigiéndose a Miguel.

—No la vimos, contestó el sapo.

Sin más, levantaron todas las armas de los policías y subieron a una

i Sin Piedad Mataron i ...

de las patrullas. Miguel conducía a toda velocidad, mientras que el Sapo iba sentado en una esquina de la batea y entre sus piernas llevaba la maleta con el dinero; sumido en pensamientos desconocidos llevaba la mirada perdida en un vacío sin respuestas. Más adelante llegaron a la desviación rumbo al poblado de Huayatán,

i Sin Piedad Mataron i ...

precisamente en el mismo lugar donde los policías se habían separado, tomando por una carretera de terracería que los llevó en sentido contrario al pueblo. Muy lejos de ahí, los policías que venían de Zacuacen ya habían encontrado la camioneta roja, y sucedió lo que había planeado el líder de los malditos; perdían el tiempo

i Sin Piedad Mataron i ...

buscando por esa zona, ignorando que los ladrones se daban a la fuga en una patrulla; también ignoraban que lejos de ellos, ocho policías más estaban muertos. El comandante Ramiro, con los otros agentes, llegaron a la curva del diablo; la oscuridad era total y sólo las luces de la camioneta les permitió ver los vehículos que obstruían el paso.

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

— ¡Es la camioneta de Raúl!, dijo sorprendido el comandante.

Con rapidez bajaron de la Pickup empuñando sus armas y dejando las luces encendidas; sin tomar ninguna precaución se acercaron a la camioneta. El cuerpo se les erizó y la adrenalina hizo que empezaran a sudar.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Malditos!, declaró uno de ellos.

— ¡Rápido!, pide ayuda, ordenó el comandante.

Con las claves de rutina, uno de los agentes narró los hechos por la radio de la camioneta. Los otros agentes buscaron alrededor, sin encontrar la otra patrulla. Con

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

desesperación buscaron entre la maleza.

— ¡Aquí!, gritó otro agente. A su vista, en distintas posiciones, estaban los cuerpos de los cinco policías uniformados.

En otra zona, los matones escuchaban todo lo que se decía por la

i Sin Piedad Mataron i ...

radio. El comandante Ramiro Zelly conocía a Raúl desde que era un niño; su muerte no la podía aceptar. Recargado en la patrulla, lamentaba haberse separado de ellos; se sentía culpable. Su cabeza no le daba a entender lo ocurrido. Con desesperación tomó sus cabellos y

i Sin Piedad Mataron i ...

apretó los dientes con todas sus fuerzas.

— ¿Por qué no seguimos juntos? ¿Qué le voy a decir a su padre? ¿Cómo le explicaría a su amigo que su hijo Raúl estaba muerto, se preguntaba una y otra vez. Rosendo Zamora era su amigo. El Comandante Zamora, como lo conocían todos, era el padre de

i Sin Piedad Mataron i ...

Raúl, y estaba retirado del servicio oficial y en ese tiempo trabajaba como investigador en sociedad con otros policías retirados. Raúl, a pesar de su juventud, era un destacado policía que había heredado las agallas de su padre, quien siempre lo aconsejaba. La vida de los policías es dura, le decía con frecuencia. Treinta y cinco años de

i Sin Piedad Mataron i ...

servicio y más de veinte años trabajó en pareja con el comandante Ramiro.

El sol había aparecido cuando llegaron a Huayatán. Los cuerpos de los policías muertos formaban una fila de ocho, envueltos en sabanas que ya no eran blancas. Las huellas de la violencia con que los asesinaron mostraban las manchas de sangre en un

i Sin Piedad Mataron i ...

color rojo oscuro. Uno a uno fueron identificados, llenando de impotencia y dolor a sus compañeros.

La misma gente que el día anterior había participado del inicio de la feria del pueblo ya se congregaba para saber qué había pasado. La noticia se había corrido y la presencia de los reporteros hacía presión para

i Sin Piedad Mataron i ...

conocer cada una de las versiones que como en estos casos, se salen de control. Era de tal magnitud lo ocurrido que la noticia televisiva acaparaba el espacio total. La feria ya no importaba. El pueblo se había convertido en el centro de operaciones para organizar la cacería de los asesinos. Para el siguiente día, más de

i Sin Piedad Mataron i ...

doscientos policías estaban en el lugar para rastrear a los asesinos. Había que casarlos vivos o muertos. Esa fue la orden. El comandante Ramiro sólo pensaba esto: muertos sí, por supuesto que los voy a matar, ellos mataron sin piedad. El coraje que sentía alimentaba la necesidad de vengarse. Él y sus otros compañeros conocían perfectamente la

i Sin Piedad Mataron i ...

zona y sabían que los matones no encontrarían la salida, y tarde que temprano los iba a cazar.

Lejos de la zona ensangrentada, a orillas de la carretera de dos carriles de pavimento deteriorado, Reynaldo terminaba de apretar las cadenas que aseguraban los postes de madera que a bordo del tráiler transportaba y

i Sin Piedad Mataron i ...

precisamente tenía que circular por la carretera convertida en el infierno; era la misma ruta que llevaban los matones, quienes al paso del tiempo, cada vez más lograban su objetivo: escapar de la persecución de los policías. Al tráiler, cargado de postes, lo tuvieron a la vista. Miguel frenó con brusquedad y de inmediato el jefe de

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

los ladrones bajó de la patrulla caminando hacia donde estaba el trailer.

— ¿Le pasó algo amigo?, preguntó. Reynaldo, al ver que había bajado de una patrulla, confiado le dio el encuentro.

—No, sólo aprieto las cadenas para que no vaya a provocar un

i Sin Piedad Mataron i ...

accidente en el camino. Al estar frente a él, el maldito delincuente sacó la pistola y lo amenazó; en seguida lo obligó a subir al gigante vehículo.

—Obedece y todo estará bien, le dijo con voz enérgica.

Los otros matones bajaron de la patrulla apresurados, para subir todos

i Sin Piedad Mataron i ...

y distribuirse entre el camarote y la cabina del pesado camión; así continuaron la huída. Reynaldo conducía velozmente obligado por los matones, hasta que en una curva perdió el control del volante y salió de la carretera hasta chocar contra un montón de tierra y arboles a un costado de un camino de terracería. El

i Sin Piedad Mataron i ...

jefe de los matones no tardó en mostrar su agresividad y con coraje golpeó el rostro del trailerero con su pistola.

— ¡Eres un pendejo!, le dijo agarrándolo de los cabellos para golpearlo contra el volante, al tiempo que los otros delincuentes bajaron del camión. Reynaldo sintió tras su cabeza

i Sin Piedad Mataron i ...

lo frio del cañón de la pistola, y al instante, el final: un tronido ensordecedor se escuchó; el impacto de la bala le destrozó el cráneo. El maldito lo mato así, sin piedad. La oscuridad, la lluvia y el frio eran el principal enemigo de los malditos. Ellos se encontraban ahí, atrapados sin saber dónde estaban. Sin más,

i Sin Piedad Mataron i ...

reanudaron su camino adentrándose en el bosque y siguiendo un marcado camino lodoso, guiados por la pequeña luz que salía de una lámpara de mano. Roberto llevaba ahora la maleta del dinero colgada en su hombro izquierdo. Con dificultad se desplazaban resguardados por los enormes árboles que se asociaban a la

i Sin Piedad Mataron i ...

ventaja de varias horas que llevaban ante la aparente lentitud de la policía.

Al siguiente día la lluvia y el frío no cedían y el contingente de policías ya había llegado al lugar donde encontraron la patrulla abandonada por los asesinos. Realmente la distancia que les llevaban era de muchos kilómetros, pero eso no les

i Sin Piedad Mataron i ...

importaba en lo mínimo; estaban seguros de que los alcanzarían. Las once con cincuenta de la mañana marcaba el reloj. Ya habían transcurrido más de veinticuatro horas desde que los malditos habían ensangrentado al pueblo y la persecución no la iban a parar a pesar

i Sin Piedad Mataron i ...

del mal tiempo; en ese momento ya eran más policías.

El comandante Ramiro y los otros dos agentes que habían tenido la suerte de no morir, iban al frente del contingente y los resultados estaban a la vista; el tráiler ya estaba frente a ellos. Con todas las precauciones y sin dejar de vigilar en un radio de

¡Sin Piedad Mataron i ...

doscientos metros, el comandante en compañía de un grupo de siete policías, haciendo señas para prevenir a sus compañeros, rodearon el tráiler. El policía subió y abrió la puerta.

— ¡Putra madre!, dijo encolerizado. ¡Malditas bestias! Con sus manos apretó aún más el rifle R-

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

15 y hasta tronó los dientes. ¡Vamos tras esos desgraciados!, ordenó.

El grupo de siete policías elegidos enfiló sobre el camino lodoso de terracería. Al otro grupo lo organizó para permanecer ahí mismo, en espera de los refuerzos que venían. A un tercer grupo lo mandó por la carretera.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Todos estén alertas y mantengan comunicación con los radios, dijo antes de iniciar el camino.

Se podía notar que los rostros de los policías estaban marcados por el cansancio y la desesperación, y no sabían qué más iban a encontrar. Ya habían encontrado todo, sólo faltaba encontrar a los malditos asesinos. Así,

i Sin Piedad Mataron i ...

en parejas y a distancia de cuarenta metros, caminaban con los ojos bien abiertos. El hambre de venganza fortalecía el cansancio y cualquier temor del jefe policiaco, que a cada paso presentía que podía toparse con los matones. El frío y la lluvia que mojaban los caminos, también iba mermando la fuerza de los asesinos. El

i Sin Piedad Mataron i ...

Bizco y el Toro no se separaban del jefe de la banda, mientras que Miguel y el Sapo caminaban con dificultad unos metros atrás de ellos. Nadie hablaba, sólo caminaban tan rápido como podían, pensando en salir del infierno donde se encontraban desde el primer día en que llegaron a Zacuacen.

i Sin Piedad Mataron i ...

Era el segundo día y el reloj rebasaba las cinco de la tarde y los ladrones no sabían dónde se encontraban, pero sí entendían que estaban perdidos y atrapados en el inmenso bosque, y para ese momento el cansancio les hizo parar. El líder de los matones se recargó a orillas de un peñasco haciendo lo mismo los otros.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿Qué hacemos?, preguntó el Toro. Este pinche bosque no tiene final, agregó, quejándose.

Sin dar respuesta, el jefe caminó buscando un espacio donde poder descansar, encontrando cerca de ahí una cueva donde penetraron sentándose en diferentes lugares. Ya sentado abrió la maleta. Su rostro

¡Sin Piedad Mataron i ...

cambió de expresión, y apretó los dientes de coraje.

— ¡Menos de quince mil pesos!
¡Maldita sea, es una maldita miseria!,
dijo, dirigiéndose a sus socios. Miren,
les dijo, si queremos salir de esta,
tenemos que separarnos. Los policías
van a llegar y aunque llevamos mucha
ventaja no sabemos dónde estamos, así

i Sin Piedad Mataron i ...

que cada uno se irá por su lado y que la salve como pueda. Está decidido y yo hasta aquí llego con ustedes. Sin más, entregó unos billetes a cada uno. El Sapo y Miguel tomaron el dinero, pero el Toro y el Bizco se lo tiraron en la cara.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Quédate con tu maldito dinero, nosotros nos vamos por nuestro lado, enseguida tomaron sus armas y salieron sin despedirse. Ya llegaremos a algún lugar, chinguense ustedes, advirtió el Bizco.

—Roberto tomó su rifle R-15 y también se dispuso a salir.

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

—Nosotros vamos contigo,
declaro Miguel.

— ¡No, cabrón! No entienden.
Yo voy solo, les dijo.

—Pero... alcanzó a decir el Sapo.

— ¿Y qué quieren que haga? No
voy a cargar con ustedes, esto no
funcionó, y cada quien a la chingada.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Vete al infierno!, fue la respuesta de Miguel.

El maldito salió y se perdió entre los árboles. La ropa que dos días atrás le había transformado estaba sucia y mojada. La barba empezaba a ensuciar su rostro maldito y demacrado por el cansancio. Así caminó por el enorme

i Sin Piedad Mataron i ...

bosque, sin ningún rumbo, alejándose de sus cómplices.

Al tercer día las circunstancias adversas le tenían con la boca seca y amarga. El hambre le oprimía el estómago, llevándole el dolor hasta el pecho siguiendo hasta la cabeza que ya le trastornaba. El fracaso de su plan nunca lo había considerado. Huir así,

i Sin Piedad Mataron i ...

como una rata acorralada, ni siquiera lo imaginó. Horas después se sentó a orillas de un cerro, un poco cubierto del constante chipi chipi tratando de no cerrar los ojos, pero esto fue inútil, pronto se quedó dormido; dos horas después despertó sobresaltado. No me agarraran. Si me encuentran sólo tendrán mi cadáver, pensó en silencio.

i Sin Piedad Mataron i ...

Miguel y el Sapo guardaron el dinero que les tocó y también recogieron el dinero que dejaron tirado los otros bandoleros metiéndolo en una bolsa de hule y escondiéndolo entre sus ropas. Luego, como llegó la noche, ya no se movieron, pero el hambre se dejaba sentir con toda su fuerza, por lo que acordaron

i Sin Piedad Mataron i ...

permanecer en el interior de la cueva.

Después buscaron un rincón más oculto y se colocaron espalda con espalda encogiendo las piernas, entre las que metieron sus manos, buscando sentir un poco de calor. Temblaban de frío y de hambre, pero aún así se quedaron dormidos por varias horas, hasta que el día empezó a aclarar sin

i Sin Piedad Mataron i ...

que la brisa se fuera. El Sapo despertó, y al momento lo hizo también el otro asesino.

—Tenemos que irnos, le dijo.

Los dos malditos estaban sufriendo, pero no tanto como lo merecían. Ya de pie caminaron con dirección distinta a la que el día anterior habían elegido los otros

i Sin Piedad Mataron i ...

matones. Así salieron y dejaron tiradas las armas, perdiéndose entre el bosque por varias horas sin encontrar salida. Ya no tenían fuerzas y el frío les calaba hasta los huesos. El hambre se había convertido en dolor y los mareos les impedían continuar. Y nuevamente la noche llegó. En otra zona, el comandante con el grupo de policías

i Sin Piedad Mataron i ...

se acercaba paso a paso; pronto llegaron hasta la cueva donde los matones se habían separado.

—Estamos muy cerca de ellos, pronto los alcanzaremos, advirtió a los policías.

Ya estaba oscuro y decidieron acampar. En grupos de cinco organizaron las guardias, mientras que

i Sin Piedad Mataron i ...

otros se acercaron a una fogata, colocándose en forma circular para protegerse del frío. El comandante Ramiro, en medio del grupo, tomaba un café; su experiencia de tantos años le daba la capacidad de control y sus pláticas relajaban la tensión que existía.

i Sin Piedad Mataron i ...

—Esto no es fácil, dijo, rompiendo el silencio. Dificilmente vamos a entender lo que está pasando, pero desafortunadamente somos parte de esto. Si existe la delincuencia, existimos nosotros. Tienen que pasar estas desgracias. Los delincuentes están ahí, son como toda la gente, los mueve el dinero y cuando están en la calle son

i Sin Piedad Mataron i ...

felices lastimando a la gente inocente.

Y nosotros estamos para quitarles la felicidad; los delincuentes también tienen miedo, miedo de estar adentro, tras las rejas, por eso muchos prefieren morir antes que ser detenidos y eso los hace más peligrosos. Esto les platicaba, y todos lo escuchaban sin perder detalle. Luego continuó. Los

i Sin Piedad Mataron i ...

delincuentes saben que adentro están como muertos, no tienen nada. Saben que si están tras las rejas estarán ahí por muchos años y por eso prefieren morir. Yo los he visto llorar de impotencia porque no tienen forma de defenderse. Los malditos como esos que acaban de chingarnos sólo saben defenderse con las armas, y por lo

i Sin Piedad Mataron i ...

mismo los enemigos de los delincuentes somos nosotros. Sabemos que nos odian y cuando pueden nos matan, por eso para defendernos también los matamos. Nosotros no queremos morir. Todos sabemos que existe la tortura, a eso le tienen miedo. Yo conocí una historia. Rodrigo era un maldito, pero cuando cayó ¡pobre

i Sin Piedad Mataron i ...

cabrón!, con los malos aprendió a vivir y se volvió malo. Robaba y mataba sin piedad. Por muchos años hizo daño, pero un día lo agarramos. Un sábado, ya pasadas las dos de la madrugada, iba manejando un gran Marquís en compañía de Sofía. Se veían bien contentos, acababa de robar y matar. El carro seguía avanzando y Rodrigo

i Sin Piedad Mataron i ...

no sabía que lo seguíamos. Ya le íbamos bien cerca, cuando muy confiado estacionó el carro, justo frente a un restaurante, a orillas de la carretera. Luego se bajó, pero no alcanzó a entrar. Lo sorprendimos y lo llevamos en la camioneta con la cara al piso de la batea, bien inmovilizado. A Sofía se la llevaron en otra camioneta y

i Sin Piedad Mataron i ...

el gran Marqués se lo llevó otro policía. Mas tarde, en el estacionamiento de la comandancia abrieron la cajuela del carro, fue increíble, había mucho dinero y muchas alhajas. Y ustedes se imaginarán, todos nosotros cruzamos miradas de ambición y complicidad.

i Sin Piedad Mataron i ...

A Rodrigo lo tenían en un cuarto de una sola puerta. Estaba bien oscuro, no tenía ni zapatos ni ropa. No se veía nada y el frío lo empezó a sentir. El piso estaba mojado por las barras de hielo que se escurrían desde la esquina. El maldito estaba recargado en la pared con los pies bien mojados, subiéndole el frío que le hacía temblar,

i Sin Piedad Mataron i ...

tanto que hasta le tronaban los dientes. Así estuvo dos días. En el cuarto sólo se oían sus gemidos por el dolor que ya tenía adentro de su cuerpo. El frío lo torturaba y ya estaba enfermo. Tenía una fuerte tos que le apretaba el pecho por el dolor. Así estaba y cuando le daba crisis de tos hasta se le zarandeada todito el cuerpo. Tenía

i Sin Piedad Mataron i ...

tremenda fiebre y escalofrío, ya no aguantaba y no podía ni sentarse y mucho menos acostarse. Estaba desesperado y empezó a moverse por el cuarto en medio de la oscuridad. Daba pasos con dificultad agarrándose de la pared hasta que llegó a la puerta de madera y empezó a golpearla. Luego gritó.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Escuchen, por favor! Suplicó, pero no tuvo respuesta.

— ¡Por Dios!, sáquenme de aquí, volvió a suplicar. Los policías lo escuchaban, pero no le hacían caso. Lo dejaban sufrir. Rodrigo sentía que se moría poco a poco.

— ¡Sáquenme por favor, volvía a suplicar desesperado. Una y otra vez

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

gritó que lo sacaran. Con las pocas fuerzas que tenía, golpeaba con los puños la puerta de madera. Sus manos se hincharon y hasta sangraron. Sus dientes seguían chocando como unas piedras. Luego se dejó caer de rodillas y lloró. ¡Por Dios!, ayúdenme. Días después, alguien abrió la puerta y le vendó los ojos, de los pelos lo arrastró

i Sin Piedad Mataron i ...

y le hizo que se pusiera en pie, después le dieron ropa seca y unos zapatos. Vístete cabrón, alguien le ordenó. Muy débil y temblando se metió en la ropa y se calzó los zapatos. La fiebre lo tenía bien enfermo. Entre dos policías se lo llevaron caminando con dificultad. El maldito seguía temblando de pies a cabeza; cuando

i Sin Piedad Mataron i ...

Llegaron al cuarto lo sentaron en un banco de madera, frente a una mesa, ahí le quitaron la venda de los ojos.

— ¡Escucha cabrón!, le advirtió el jefe de policía.

—Si señor, respondió con dificultad.

i Sin Piedad Mataron i ...

Para ese entonces ya era bien obediente, y no dejaba de temblar. Sus ojos le dolían y la luz de dos lámparas que le habían colocado justo frente a él no le permitían ver bien. Estaba lleno de coraje, pero no podía hacer nada. Luego, sobre la mesa, le colocaron el dinero y las alhajas; por supuesto que era mucho menos de lo que Rodrigo

i Sin Piedad Mataron i ...

llevaba el día que lo agarraron. Un policía estaba detrás de él, y a cada momento le jalaba de los pelos para que tuviera la cabeza levantada.

— ¿De quién es esto?, le preguntaron.

—Es mío, contestó tembloroso.

i Sin Piedad Mataron i ...

— ¿Dónde lo robaste?, fue la segunda pregunta; al tiempo recibió un manotazo por la nuca.

— ¿A quien se lo robaste?, volvieron a preguntarle. Rodrigo no alcanzó a contestar. Con la mano abierta, el policía le dejó caer una serie de golpes por la espalda, provocándole

i Sin Piedad Mataron i ...

una crisis de tos. Segundos después reaccionó y volvió a responder.

—Es mío, señor. ¡Por favor!, ayúdenme, suplicó. La respuesta fue otro golpe, tan fuerte que le hizo caer de rodillas, después una patada en el estómago que lo dobló para caer con la cara directa al piso; de inmediato otros policías lo levantaron bruscamente y lo

¡Sin Piedad Mataron! ...

volvieron a sentar en el banco de madera. Ciertamente había matado a dos ancianos para robarles. El delincuente se había quedado callado, pero de pronto escuchó la voz de Sofía.

—Diles todo Rodrigo, le gritó.

— ¡Malditos policías!, dijo antes de caer desmayado.

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

Los policías sólo lo vieron caer. No le tenían lástima y se lo volvieron a llevar al cuarto frío y lo volvieron a meter desnudo. ¡Ahí se murió! Sofía también desapareció. El comandante Ramiro se terminó el café y con paso lento se retiró para meterse en una bolsa de dormir, dejando con miradas

i Sin Piedad Mataron i ...

interrogantes a sus compañeros. Otros policías sabían de otras torturas, y también se animaron a platicarlas. Uno de ellos contó otra historia.

—Samuel fue otro maldito, dijo al iniciar su relato. El día que lo llevaron a la comandancia iba bien valiente. A gritos amenazaba y maldecía a los policías. No dejaba de

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

jalarse y otra vez gritaba. ¡Voy a salir y los voy a matar! Lo habían agarrado por un pueblo, bien lejos, en un rancho de la sierra. Era un maldito y debía muchas, pero no lo acusaban; la gente le tenía miedo. Sólo un señor no le tuvo miedo, lo quería matar, pero no lo logró. Los policías lo encontraron primero. El señor fue

i Sin Piedad Mataron i ...

papá de una niña que murió a los once años; el día de los hechos la niña caminaba del rancho hacia la escuela del pueblo. Eran como las siete de la mañana, y Soledad, como se llamó la niña, iba por una vereda bien contenta, peinada con sus dos trenzas hechas con su pelo largo y negro. Llevaba un vestido blanco resplandeciente, que le

i Sin Piedad Mataron i ...

lucía como nunca. Sus pies de campesina se encontraban gastados por la tierra. Ese día se le veían más bonitos, metidos en sus huaraches de cuero negro, caminando muy feliz. Por ser día lunes le tocaba pasear la bandera por todo el patio de la escuela, por eso se fue bien temprano, pero

i Sin Piedad Mataron i ...

nunca llegó. El maldito de Samuel se la encontró por el camino.

— ¡Qué chula estás!, le dijo cuando estuvo frente a ella. Luego, sorpresivamente, la tomó de un brazo y le tapó la boca con la mano, y con toda la fuerza la metió a la finca de café, sin que la niña pudiera defenderse; el maldito la asfixió con

i Sin Piedad Mataron i ...

sus manos duras y callosas, luego la violó sin piedad. El desgraciado violó el cuerpo de la niña cuando ya no tenía vida. El morral con los libros estaba tirado a un lado de la niña, como si fuera testigo de lo que había pasado. Unos niños vieron al asesino cuando salió corriendo como poseído por el diablo. Ellos encontraron a Soledad.

i Sin Piedad Mataron i ...

Estaba tirada boca arriba, con los brazos formando una cruz. Sus ojos los tenía entreabiertos y sus trenzas se habían desbaratado. Su vestido blanco, como su alma, estaba sucio y manchado de sangre. El maldito había hecho otra fechoría, por eso fueron por él. El día que lo agarraron se defendía como perro, pero lo

i Sin Piedad Mataron i ...

amarraron y se lo llevaron para evitar que la gente lo linchara. Al otro día, cuando estaba tras las rejas, le vendaron todo el cuerpo para inmovilizarlo; sólo los ojos y la nariz le dejaron libre. El desgraciado decía que era inocente, y los miraba con odio, pero adentro nadie le tenía miedo.

i Sin Piedad Mataron i ...

Ya envuelto como momia lo pasaron a otro cuarto atrás de la comandancia y lo metieron en un ataúd de madera, como si hubieran colocado a un muerto. De manera brusca le entreabrieron las vendas y le metieron trapos en la boca, lo que hacía que respirara con dificultad, y sus ojos con brillo de odio le saltaban

i Sin Piedad Mataron i ...

con una mirada penetrante; así lo tuvieron inmovilizado por espacio de una media hora, luego uno de los policías tomó una pistola revolver de cañón largo, y ante la mirada del maldito giró la piña, donde también había colocado una bala. Enseguida le colocó el cañón de la pistola entre ambos ojos. Si tienes suerte no te vas a

i Sin Piedad Mataron i ...

morir, ¡cabrón!, le dijo. Los ojos del maldito se tornaron rojos y llorosos. Tú mataste y violaste una niña, ahora también te puedes morir. Sin titubear jaló del gatillo, pero no paso nada, y la mirada del maldito se hizo más grande. Luego, nuevamente el policía colocó el cañón de la pistola, directo a los ojos y

i Sin Piedad Mataron i ...

volvió a jalar el gatillo, pero la suerte estaba de su lado.

— ¿Qué se siente, desgraciado?, le preguntó. El maldito asesino sudaba y sudaba y sus ojos le lagrimeaban, con una mirada de odio e impotencia.

Por tercera vez el gatillo golpeó el percutor de la pistola para expulsar la bala y de una vez matar al violador,

i Sin Piedad Mataron i ...

a tiempo que el maldito gemía y trataba de moverse; su respiración se dificultaba cada vez más y su corazón golpeaba su pecho aceleradamente. Antes de que volviera a jalar del gatillo, un olor horrible salió del cuerpo del maldito violador.

¡Sin Piedad Mataron! ...

— ¡Maldita sea! Este cabrón ya se cagó, declaró el policía, que rápidamente se alejó para enseguida vomitar. El maldito asesino dejó de respirar ante la sorpresa de otros policías que presenciaban la tortura. El corazón de ese cabrón se paró. Se murió de puro miedo. Al día siguiente, el violador fue encontrado colgado de

i Sin Piedad Mataron i ...

los barrotes de su celda, bien amarrado del cuello con una camiseta y su cinturón. Todos supieron que se suicidó. El policía que lo torturó comentó después que la pistola no tenía balas.

Al amanecer del cuarto día, el Sapo y Miguel continuaban atrapados en la desesperación del frío y del

i Sin Piedad Mataron i ...

hambre; habían llegado hasta la orilla de un caudaloso río que no les permitió cruzar. La fuerte corriente les impedía siquiera intentarlo. Sin pensarlo mucho decidieron caminar por toda la orilla hasta encontrar un lugar accesible. De esa forma continuaron la huída, observando la fuerza del agua que golpeaba las

i Sin Piedad Mataron i ...

pedras, llegando a una parte donde decidieron cruzar, sin percatarse que el comandante Ramiro, con varios policías, ya los tenía muy cerca.

—Rápido, ordenó, ahí están.

Tenemos que alcanzarlos antes de que crucen el río. Con decisión, se lanzaron contra los malditos. El Sapo ya se había introducido al río cuando

i Sin Piedad Mataron i ...

se percató de la cercanía de los policías.

— ¡Ahí vienen!, le gritó a Miguel, al momento que se tiraba al río. Los dos malditos ya no tenían mucha fuerza y con dificultad avanzaban, luchando contra lo pesado de las aguas. Sin más se quedaron parados para rendirse. El comandante Ramiro

i Sin Piedad Mataron i ...

ordenó que dispararan, lo que inmediatamente hicieron los policías; con una lluvia de balas impactaron los cuerpos de los asesinos, quienes quedaron a merced de la corriente del río, que arrastró los cuerpos, golpeándolos contra las piedras una y otra vez, llevándoselos ya sin vida. Al

i Sin Piedad Mataron i ...

lado de ellos flotaban los billetes que habían escondido entre sus cuerpos.

—Empiezan a morir los que tienen que morir, dijo el comandante Ramiro.

Los cuerpos de estos dos malditos fueron rescatados dos días después varios kilómetros abajo de donde fueron alcanzados. Después de

i Sin Piedad Mataron i ...

la muerte de los dos primeros, otro contingente de policías se había incorporado al grupo del comandante, que, sin perder tiempo, los reorganizó en grupos de veinte para continuar la búsqueda de los otros asesinos.

—Por diferentes caminos, y tomando todas las precauciones, alcanzaremos a los otros. Vamos a

i Sin Piedad Mataron i ...

aprovechar que el cielo empieza a despejarse; seguro mañana saldrá un buen sol, dijo el comandante.

Y así fue, al día siguiente el sol salió tan radiante como si festejara la muerte de los dos asesinos arrastrados por el río. Con el buen tiempo un helicóptero con francotiradores pudo hacer la persecución por toda la zona,

i Sin Piedad Mataron i ...

adelantándose al contingente de policías. Sobrevolaron la zona boscosa, pero sin resultados. Los enormes árboles y los cerros cubiertos de maleza impedían la visibilidad.

—Estoy seguro que vieron el helicóptero y ahora corren como ratas acorraladas, buscando un escondite;

i Sin Piedad Mataron i ...

saben que estamos cerca, comentó el comandante.

El Toro y el Bizco andaban perdidos y caminaban desesperados y hambrientos, cuando escucharon el ruido del helicóptero, escondiéndose entre los árboles, quedándose quietos entre unas piedras.

¡ Sin Piedad Mataron ¡ ...

—Ya se fueron, dijo el Bizco.

Una hora después los policías subieron por el cerro, sin imaginar que al otro lado se encontraban los matones.

— ¡Ahí van!, gritó uno de los policías. Sin medir la distancia, los malditos asesinos accionaron sus armas, cruzándose el fuego ante la

i Sin Piedad Mataron i ...

respuesta de los policías, que no tardaron en cercarlos, obligándolos a que se cubrieran entre unas piedras. La lluvia de fuego se dejó sentir por todos lados, y esta vez, los malditos no tenían éxito. El Bizco, que daba el frente, fue alcanzado por las balas; su cuerpo fue impactado en varias ocasiones, para caer sobre las piedras

i Sin Piedad Mataron i ...

bañado en sangre. A poca distancia, el Toro accionaba su R-15, defendiéndose desesperado. El comandante Ramiro, que buscaba venganza, no iba a permitir que lo agarraran vivo. Bien seguro estaba que no lo querían vivo. Y la muerte de Raúl la iba a cobrar en ese momento; con el R-15 en su mano caminó por

i Sin Piedad Mataron i ...

un costado del lugar donde se encontraba el asesino. Luego se colocó, cubriéndose entre unas rocas, a una distancia de 60 metros, ahí lo tenía a la vista, apuntando directo a la cabeza. Acto seguido aguantó la respiración, mientras con el dedo acariciaba el gatillo. No puedo fallar, pensó. Luego disparó un solo tiro y la bala dio en la

i Sin Piedad Mataron i ...

cabeza, a un ladito de la sien izquierda del asesino que inmediatamente cayó muerto, rodando entre las piedras ante la mirada de los policías. De inmediato brincó de entre las rocas.

—Busquen al otro maldito y a la mujer, ordenó.

La revisión en toda esa zona la hicieron por espacio de dos o tres

i Sin Piedad Mataron i ...

horas, pero ni la mujer ni el último asesino aparecieron. Días atrás, Laura había amanecido perdida en la inmensidad del bosque, temblando y quejándose del dolor que le producían las heridas en sus pies. Así había caminado por tres días y tres noches. Sumida en la desesperación en la angustia por encontrar un camino que

i Sin Piedad Mataron i ...

la sacara de ese lugar. Al cuarto día, a media mañana, muy debilitada caminaba lentamente entre la maleza, llegando hasta un arroyo de cristalina agua, donde se dejó caer de rodillas y luego con sus manos mojó su rostro y bebió agua hasta saciar su sed. Ahí se quedo incada sin medir el peligro que le acechaba; una maldita víbora, que al

i Sin Piedad Mataron i ...

lado de ella estaba, no tardó en atacar, clavándole los colmillos en la pierna izquierda; reaccionando al momento, un grito de dolor, que la hizo impulsarse hacia atrás para caer de espaldas al arroyo; de inmediato se incorporo para salir corriendo. Su mirada empezó a tornarse borrosa y luego su cuerpo se desvaneció entre los

i Sin Piedad Mataron i ...

matorrales. La muerte amenazaba hacerse presente y cortar para siempre la vida de Laura. Pero por fin la suerte llegaba de su lado. Un campesino pasó por el lugar y la encontró. Cuando recobró el conocimiento se vio sobre la cama del hospital. Ahí apareció, contenta y triste. El comandante Ramiro Zelly la miró detrás del vidrio

i Sin Piedad Mataron i ...

del cuarto del hospital pero no entro. Tengo que hacerle muchas preguntas, pensó en silencio. Sin embargo se retiro para ordenar mejor sus ideas. Así pasaron varios días más. Los policías buscaron al último maldito, pero no apareció. El departamento de la calle Rojano estaba vacío.

i Sin Piedad Mataron i ...

F I N